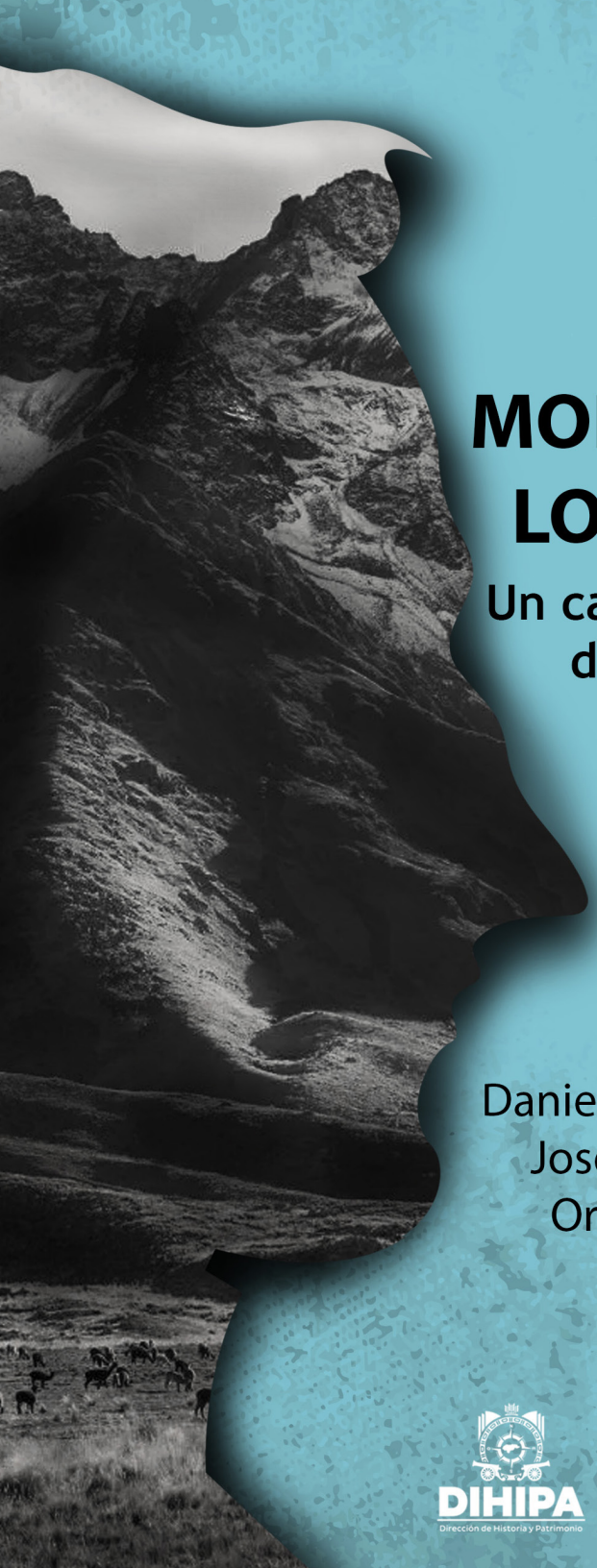
Educación
Gobierno de la República



MORAZÁN EN LOS ANDES:

Un capítulo olvidado de la historia

Daniel Enrique Esponda
José Manuel Cardona
Orlin Manuel Duarte

DIHIPA
Dirección de Historia y Patrimonio

Sabio Valle
Editorial

Morazán en los Andes: un capítulo olvidado de la historia

Daniel Enrique Esponda, José Manuel Cardona y Orlin Manuel Duarte. *Morazán en los Andes: un capítulo olvidado de la historia.* 1ª edición. Tegucigalpa. Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2025.
74 p.
ISBN: 978-99979-931-1-3

Licda. Katy Suazo
Coordinadora de Ediciones

Licda. Katia Portillo
Revisión de estilo

Licda. Nathalia Zelaya
Diseño y diagramación

Esta edición fue impresa en Máxima Industria Litográfica
Dirección: Barrio San Pablo, calle principal, casa 2025

DISTRIBUCIÓN GRATUITA – PROHIBIDA SU VENTA

©Secretaría de Educación
Centro Cívico Gubernamental, José Cecilio del Valle.
Bulevar Juan Pablo II, Tegucigalpa M.D.C. Honduras, C.A.
Febrero de 2025

Esta primera edición de la obra **Morazán en los Andes: un capítulo olvidado de la historia** de Daniel Enrique Esponda, José Manuel Cardona y Orlin Manuel Duarte es propiedad de la Secretaría de Estado en el Despacho de Educación. Por otra parte, anotamos que este libro ha sido editado por la Editorial Sabio Valle, dependiente de la Unidad de Comunicación y Prensa y por la Dirección de Historia y Patrimonio como aporte al fortalecimiento institucional en el marco de Refundar la Educación en el país.

CRÉDITOS

Iris Xiomara Castro Sarmiento
Presidenta Constitucional de la República de Honduras

Prof. Daniel Enrique Esponda Velásquez
Secretario de Estado en el Despacho de Educación

Prof. Jaime Atilio Rodríguez
Subsecretario de Estado de Asuntos Administrativos y Financieros

Prof. Edwin Edgardo Hernández Zerón
Subsecretario de Estado de Servicios Educativos

Abog. Edwin Emilio Oliva
Secretario General

Unidad de Comunicación y Prensa

Msc. Orlin Manuel Duarte Landero
Director de Historia y Patrimonio

ÍNDICE

Capítulo I _____ **11**
Siguiendo los pasos del héroe a partir de las fuentes y la estatuaria peruana.
Daniel Enrique Esponda, José Manuel Cardona y Orlin Manuel Duarte.

Capítulo II _____ **19**
El General Morazán en la historia del Perú.
Enrique D. Tovar y R.

Capítulo III _____ **43**
Francisco Morazán en el Perú.
Jorge Arturo Montoya

Capítulo IV _____ **49**
Morazán en el Perú.
Rafael Heliodoro Valle

Capítulo V _____ **57**
Morazán en el Perú.
Francisco Lino Oseguera

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Nota periodística sobre la llegada de Morazán al Perú _____ 13

Ilustración 2. Página de La Bolsa de Lima _____ 14

Ilustración 3. Lista de morazanistas en la goleta nacional El Cruzador _____ 15

Ilustración 4. Busto de Francisco Morazán en la Plaza Centroamérica, Lima, Perú _____ 17

Ilustración 5. Plaza Centroamérica en el Distrito de Miraflores, Lima, Perú. _____ 18

Introducción

Al realizar una revisión bibliográfica sobre Francisco Morazán nos damos cuenta que ha sido estudiado desde lo político, lo militar y como educador social. No obstante, se conoce poco sobre su estancia en el Perú en 1841. En otras palabras, los estudiosos morazanista no se han detenido a realizar una investigación de largo aliento sobre esa parte de la vida del paladín centroamericano. Lo descrito no quiere decir que no existen abordajes serios sobre lo mencionado, al contrario, localizamos algunos de ellos que evidencian el periplo de Morazán en tierras andinas.

Producto de la ausencia de estudios del paso de Morazán por el Perú, ponemos a la disposición una selección de textos que abordan dicho peregrinaje. En ese sentido, vamos a encontrar cinco escritos que constituyen los capítulos respectivamente. Al referirse a cada uno de ellos, nos vamos a dar cuenta que el capítulo uno descifra a partir de las fuentes periódicas que se localizan en la Biblioteca Nacional del Perú, la llegada de nuestro héroe centroamericano. De igual forma, insiste brevemente en el culto que se le ha dado con la edificación de un busto en la Plaza Centroamérica del Distrito de Miraflores en Lima, Perú.

En cuanto al capítulo dos, este matiza desde un contexto histórico la estadía y las relaciones de Morazán con la élite política peruana. Por su parte, los capítulos tres, cuatro y cinco, cierran la historia al apuntar el recibimiento del paladín en Lima y el cumplimiento de sus promesas con exhumar los restos de José de La Mar a su regreso a Centroamérica a finales de 1841.

Capítulo I

Siguiendo los pasos del héroe a partir de las fuentes y la estatuaria peruana

Daniel Enrique Esponda, José Manuel Cardona y Orlin Manuel Duarte[1]

Francisco Morazán fue la única figura de la primera generación de liberales independentistas centroamericanos en luchar hasta el último aliento por la preservación de la Federación Centroamericana; esa nación que se había formado del primer ejercicio democrático de los recién emancipados territorios y que había significado para todos sus habitantes una fortaleza en contra de los enemigos imperialistas del extranjero. La lucha diaria de Morazán por preservar el orden estuvo fastidiada, paso a paso, por los conservadores y sus aliados, cuyas únicas intenciones eran mantener los beneficios que habían heredado del tiránico régimen colonial. Con Morazán Centroamérica estuvo unida y sus pobladores protegidos por el imperio de la Ley; sin Morazán, los cinco Estados tomaron su propio rumbo y los caudillos conservadores perpetuaron el ignominioso yugo de la explotación.

En ese tiempo de paz y de luces que fue el gobierno de Morazán, la educación y la producción intelectual se vio aumentada. En Honduras se instaló la primera imprenta y se imprimieron sus primeros libros y panfletos. Con la marcha de Morazán Centroamérica se cubrió de tinieblas: la guerra que los conservadores

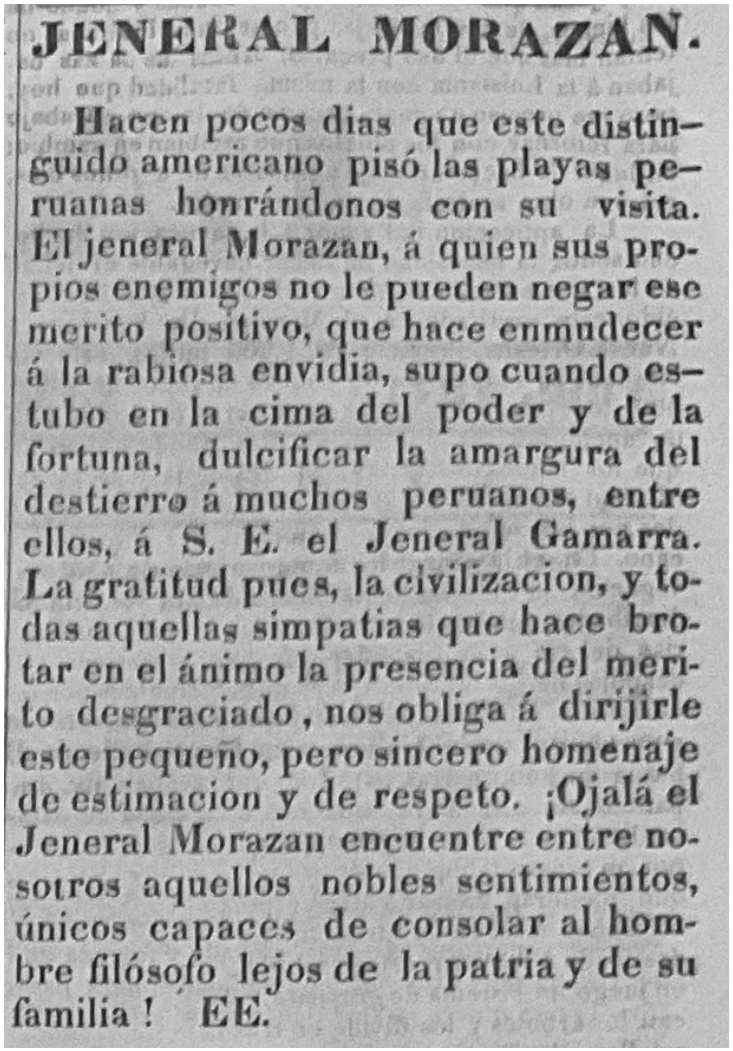
[1] El presente trabajo es producto de una revisión de fuentes que se realizó en la Biblioteca Nacional del Perú y en el Archivo General de la Alcaldía del Distrito de Miraflores, Lima, Perú. Sobre los autores, el Msc. Esponda es actualmente el Secretario de Educación en Honduras y por su parte, los Msc. Duarte y Cardona son los que dirigen la Dirección de Historia y Patrimonio de la Secretaría de Educación.

libraron contra los seguidores de Morazán, que más que una guerra fue una persecución sin tregua, tuvo como consecuencia la destrucción del acervo cultural producido en los gloriosos años de la revolución morazanista y la muerte de muchos seguidores educados del héroe.

Mientras Centroamérica se cubría de la oscuridad, la luz de la razón peregrinaba hacia Sudamérica. Después de haber sido presidente de la Federación, Morazán se convirtió en la antorcha del conocimiento que brillaba en costas lejanas y encendía la esperanza en todo quien lo viere. Escribió su famoso Manifiesto de David en Panamá y comenzó la redacción de sus memorias: ambos documentos pueden considerarse como la cúspide del pensamiento político centroamericano de inicios del siglo XIX.

Donde iba Morazán ahí iba el espíritu de Centroamérica y por esta razón es que se vuelve fundamental documentar cada uno de sus movimientos. El 16 de septiembre de 1841, el diario La Bolsa de Lima reportó la llegada de Morazán. Un equipo de la Secretaría de Educación se movilizó a la Biblioteca Nacional del Perú para ubicar esta referencia sobre la vida del máximo héroe centroamericano y logró ubicar el periódico original que se reproduce allí fielmente.

Ilustración 1. ***Nota periodística sobre la llegada de Morazán al Perú***



JENERAL MORAZAN.

Hacen pocos dias que este distinguido americano pisó las playas peruanas honrándonos con su visita. El jeneral Morazan, á quien sus propios enemigos no le pueden negar ese merito positivo, que hace enmudecer á la rabiosa envidia, supo cuando estubo en la cima del poder y de la fortuna, dulcificar la amargura del destierro á muchos peruanos, entre ellos, á S. E. el Jeneral Gamarra. La gratitud pues, la civilizacion, y todas aquellas simpatias que hace brotar en el ánimo la presencia del merito desgraciado, nos obliga á dirijirle este pequeño, pero sincero homenaje de estimacion y de respeto. ¡Ojalá el Jeneral Morazan encuentre entre nosotros aquellos nobles sentimientos, únicos capaces de consolar al hombre filósofo lejos de la patria y de su familia! EE.

Fuente: La Bolsa de Lima, 1841, 16 de septiembre, p.2

Ilustración 2. Página de La Bolsa de Lima

LA BOLSA.

ESTERIOR.

Proporcion en que han sido presentadas las principales lineas de Alemania por los viajeros, en el mes de Enero último, segun el Journal de Alsace.

	Kilom.	Viajeros.
De Viena á Brun, al rededor....	96	7,433
De Munich á Augsbourg...........	80	8,293
De Leipsich á Dresde................	112	13,466
De Francfort á Mayence............	34	16,331
De Leipsick á Magdebourg........	120	16,521
De Berlin á Postdam....................	23	21,301
De Jurt á Nuremberg.....................	7	26,288
De Manheim á Herdelberg........	22	5,096
Totales............	494	114,729

Articulo del Courrier de Burdeos.

Resultado de la emancipacion de los negros en las Colonias Inglesas.

El *Journal des Debats* del 3 de Abril, contiene un estracto del *Morning Chronicle y Reformateur Guyanais* sobre el estado actual de la Guayana inglesa. Segun esos diarios, los resultados de la emancipacion de los negros son de los mas satisfactorios, y un fundo que en 1840 habia sido vendido en 22500 francos, vale al presente mas de 500,000. Este precio ha sido reusado por los nuevos propietarios. Nosotros no podemos comprobar la exactitud de estos valores. Mas he aqui un documento positivo, cuyo orijen hemos examinado por nosotros mismos, porque lo hemos tenido en nuestro poder. Una persona de nuestra residencia nos ha comunicado las cuentas y la correspondencia relativas á lo producido por una hacienda situada en Demerary.

"Resulta de ellas que en 1823, esta hacienda ha dado 50515 francos de renta.

"En 1824 ha dado 59,330 francos.

"Y bien! en 1841 esta misma hacienda no ha producido lo necesario para pagar los gastos de su laboreo; y la persona que está encargada de venderla, piensa que no se encontrará quien dé mas que 40 ó 50 mil francos por ella: es decir, que el capital en 1841 ha descendido al nivel de la renta de uno de los dos años que precedieron á la emancipacion de los negros.

La persona que dirije este trabajo, y que es inglesa (nótese esto bien) esplica este espantoso decrecimiento de valor, por la emigracion exhorbitante de trabajadores europeos, que temen aventurar su vida en un clima ardiente, y por la pereza inveterada de los negros que ya no trabajan desde que son libres. Repetimos que hemos tenido estos documentos entre nuestras manos. Se comprenderán fácilmedte los motivos que no nos permiten designar mas claramente la hacienda y su propietario: mas el que retiene estas piezas consigo, debe partir dentro de pocos dias para Paris, y si el *Journal des Debats* dudase de las noticias que damos, él se hará un deber en someterlas á su conocimiento. Aqui se trata de un hecho, y no de una teoria, y el mejor medio de arribar á un resultado exacto y verdadero, es el de fijarse bien en los hechos.

(*Journal des Debats.*)

Se lee en el Courrier Ingles del 12 de Abril.

Se ha ideado un aparato injenioso para emplear la sonda en el mar. Este aparato es movido por el poder Electro-magnético. Este procedimiento evita el inconveniente de los procedimientos ordinarios, con los cuales era difícil conocer el momento preciso en que el peso tocaba en la arena. Con el nuevo aparato, inmediatamente que el peso toca en ella, la atraccion magnetica cesa, y el martillo que se encontraba levantado y retenido por este ajente, cae sobre una campana y la hace vibrar. Entonces queda uno prevenido del momento en que la sonda ha tocado en el fondo del mar, y se pueden calcular con exactitud los grados de profundidad.

INTERIOR.

LIMA.

SERVICIO DE LA PLAZA.

Jefe de dia para hoy el Teniente Coronel Comandante del 2.° Batallon del 1.er Regimiento de la Guardia Nacional D. Manuel Oyague, su ayudante del mismo cuerpo. Para mañana el de igual clase Comandante de la Brigada de Artilleria de dicha Guardia Nacional D. Domingo Perez Muente; su ayudante de la indicada Brigada.

JENERAL MORAZAN.

Hacen pocos dias que este distinguido americano pisó las playas peruanas honrándonos con su visita. El jeneral Morazan, á quien sus propios enemigos no le pueden negar ese merito positivo, que hace enmudecer á la rabiosa envidia, supo cuando estubo en la cima del poder y de la fortuna, dulcificar la amargura del destierro á muchos peruanos, entre ellos, á S. E. el Jeneral Gamarra. La gratitud pues, la civilizacion, y todas aquellas simpatias que hace brotar en el ánimo la presencia del merito desgraciado, nos obliga á dirijirle este pequeño, pero sincero homenaje de estimacion y de respeto. ¡Ojalá el Jeneral Morazan encuentre entre nosotros aquellos nobles sentimientos, únicos capaces de consolar al hombre filósofo lejos de la patria y de su familia! EE.

VARIEDADES.

TRABAJOS PUBLICOS
en los Estados-Unidos.
(CONTINUACION)

Ninguna ciudad marítima nos parece un codufr mas animado que Nueva-Orleans. En este puerto del Océano situado á cien millas de sus costas, diariamente una larga hilera de buques, aferradas las velas, remolcados tres á tres por un *steamboal* de alta presion, llegan allí de todos los puntos del globo; diariamente bajo la escolta tutelar de esta maravillosa potencia, salen los buques por docenas cargados de mercancías del interior. Estos productos consisten en trigos, algodones, azúcares, tabacos, pieles y maderas, y bajan por el Misisipi por buques de vapor ó en grandes balsas nombradas *arcas* lanzadas desde cien leguas mas arriba de la Nueva-Orleans, y que

FOLLETIN.

EL SECRETO DE LA CONFESION.

II.

LA TEMPESTAD.

—¡A montar! á montar! gritó el baron de Pradines. No perdamos el tiempo: tenemos que andar mucho antes de llegar al castillo, y el camino es muy malo.

Al mismo tiempo tomó una bocina pequeña que llevaba pendiente sobre sus vestidos y tocò en ella las primeras notas de una llamada de caza. A este son respondieron inmediatamente otras bocinas desde el fondo de las vecinas gargantas, y apenas habian trascurrido dos minutos, cuando en lo alto de una senda que, por una pendiente ó falda escarpada conducia á la vaqueria, se dejó ver en una confusion verdaderamente poetica, una tropa de domesticos y guarda-bosques acompañados de una jauria de perros. Era tiempoo de ponerse en camino, porque ya se oia en las montañas el ruido sordo que precede à la tempestad; los perros jadeando cabahan la tierra como para buscar en ella alguna sombra, y parecia que las plantas mismas dotadas de animacion y de sensibilidad, deseasen sustraerse al soplo abrasador que se dejaba sentir por todas partes, pues se veian en los campos vecinos la grama y otras yerbas semejantes inclinar sus tallos marchitos por los rayos del sol.

—Adios, mis valientes pastores, esclamò la condesa montando gallardamente en su caballo; el estio no se pasará sin que yo venga otra vez á visitar la vaqueria, cuyo camino ya no me es desconocido.

Luego volviendose al cura de Saint-Saturnin:

—Señor cura, le dijo, vos tomareis un caballo de cualquiera de los de mi comitiva, y vendreis con nosotros, ¿no es verdad?

—¡Oh! respondió el cura, yo tengo aun demasiado tiempo de llegar á mi parroquia: ademas, un cazador no teme las tempestades.

—Eso es muy posible; pero haced una cosa mejor; venid á cenar con nosotros al castillo.

—Madama, yo os doy las gracias, pero no puedo aceptar, porque ayuno hoy.

—Y bien, al menos podremos aprovechar vuestra compañia hasta la hora de cenar. Venid, y yo os cantaré, para recompensaros en algun modo, uno de esos aires antiguos que tanto os agradan.

—Madama, perdonad; tengo que hacer rezar el catecismo á los niños de la parroquia.

—Entonces, vendreis mañana á despediros de mi hermano que se vuelve á su rejimiento.

—El señor de Pradines ha recibido ya mis deseos de un buen viaje y de una pronta vuelta.

—Pues pasado mañana.

—Yo haré todo esfuerzo por complaceros, madama.

—Y por tanto, ¿no me prometeis nada? ¿Sabeis, señor cura, que hace algun tiempo que me tratais con demasiado rigor? ¿Es esta vuestra buena voluntad para conmigo?

—Mi buena voluntad para con vos! ¡ah madama!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una espresion tan profunda, que la condesa no pudo dejar de mirar al cura con una sorpresa natural. Este pareció haberse molestado lijeramente, mas en el momento la joven repuso con un tono lleno de buen humor:

—¡En hora buena! Adios señor cura; sed menos raro para otra vez.

Luego, observando que él tenia siempre entre sus manos la perdiz blanca á cuya vida habia atentado el baron de Pradines:

—Ved esa pobre avecita, añadió; ella está temblando aun.

—Y bien! dijo entonces el tio Nicolas acercandose, yo apostaria que si el señor cura abriese las manos, esa perdiz estaria lejos de aqui antes de medio minuto: es tan astuta!

—Vos pensais entonces que ella vivirá? esclamò la condesa.

—Es decir, que estoy seguro de ello.

—Pues bien, tio Nicolas, llevadla con vos, y cuidadla por dos ó tres dias, y prometedme que en seguida le dareis la libertad.

—Hermana mia, gritó el baron con impaciencia, la tempestad se acerca.

—Partamos pues, contestó ella, y adios todos, adios; ó mas bien hasta que nos volvamos á ver.

Diciendo esto la joven se inclinó graciosamente, y saludando á cada uno con un jesto afectuoso, soltó su caballo á gran galope. Los pastores la siguieron con la vista por algun tiempo, hasta que desapareció del todo entre las sinuosidades de la montaña. El tio Nicolas esclamó volviendose acia sus compañeros:

—¡Cuan buena, y cuan amable es la reina Margarita!

El cura murmuró en voz baja.

—¡Cuan bella es!

En seguida sacó de su cintura una pequeña bolsa de cuero, y dejando caer un escudo en las manos del viejo vaquero, que permanecia todo absorto:

—Tio Nicolas, le dijo, yo me quedo con la perdiz, pero no digais nada, sobre todo á madama la condesa, cuando la volvais á ver. Buenas noches, amigos mios; yo os agradezco vuestra hospitalidad.

Al mismo tiempo colocó su mosquete sobre sus hombros, llamó á su perro, y se puso en camino. Ya se principiaba á oir el ruido sordo de los truenos, y el Plomo de Cantal visible aun pocos momentos antes, habia desaparecido bajo un lienzo de espesas y negras nuves.

—Señor cura, gritaron á una los tres montañeses, ved allí la tempestad, volveos pronto, volveos, y os guarecereis en la vaqueria.

—¡La tempestad! respondió el cura, levantando los ojos al cielo, gracias mis amigos, gracias; Dios es quien la envia. ¡Rogad á Dios!

Al decir estas palabras, un relampago violento desbarató de improviso la nuve. Los pastores se pusieron de rodillas y se santiguaron devotamente, y al volver á levantarse ya la lluvia comenzaba á caer á torrentes, pero el cura de Saint-Saturnin no estaba delante de ellos: habia desaparecido á su turno por entre uno de los repliegues de la montaña.

La tempestad se declaró con mucha mas fuerza que la que se esperaba. Durante la noche, toda la cadena no interrumpida de montañas que se estiende en un radio de cerca de tres leguas de diametro entre el Plomo de Cantal y la Cola de Cabra, fué surcada en todos sentidos por los rayos. En medio de los montones de Lavay de rocas de basalto en que abundan ellas, se abrian nuevos abismos á cada momento, y por el espacio de algunas horas se habria creido que todos esos volcanes estinguidos ó apagados quizá

Fuente: La Bolsa de Lima, 1841, 16 de septiembre, P.2

El 23 de diciembre, las tropas morazánicas partieron del Perú con rumbo a Centroamérica para proteger a la nación en contra de las huestes inglesas que amenazaban con invadirlas. Sobre este evento se cuenta solamente con la versión microfilmada, que también se ubicó en la Biblioteca Nacional del Perú:

Ilustración 3. Lista de morazanistas en la goleta nacional El Cruzador

PUERTO DEL CALLAO.

ENTRADAS.

Diciembre 22—Barca Francesa INDIANA, procedente de Pisco en dos dias, su capitan D. José Maria Jonard con 13 hombres de mar, su carga algodones.

Idem id.—Bergantin Trasporte LABRADOR, procedente de Pisco en 3 dias, su capitan D. Lucas Vela, con 14 hombres de mar.

SALIDAS

Diciembre 22—Goleta Naci[illegible] FORTUNA, con destino á Pisco, su capitan D. Antonio Yanela, con [illegible] hombres de mar. Conduce de pasaje á D. Juan de Dios Sotomayor.

Idem idem—Bergantin Nacional CRUZADOR, con destino á Méjico, su capitan D. Roberto Marshall, con [illegible] hombres de mar. Conduce de pasaje á D. Cruz Lozano, Don Trinidad Cabañas, D. Mariano Orellana, D. Miguel Alvarez, D. [illegible] Escalante, Don Eduardo Gonzalez, Miguel Molina, D. Manuel Saravia, D. [illegible], Don Joaquin Gomez y D. [illegible]

Fuente: La Bolsa de Lima, 1841, 23 de diciembre, P.1

A partir de las referencias hemerográficas que se localizaron en Lima, Perú, nos vamos a dar cuenta que el pensamiento de libertad y unión de Francisco Morazán con relación a Centroamérica, se sigue reflejando en la estatuaria peruana en pleno siglo XX. En otras palabras, en el país Sudamericano encontramos tributos esculturales de Morazán en la Plaza Centroamérica del Distrito de Miraflores en Lima (*véase ilustración 4 y 5*).

Es importante mencionar, que actualmente en dicha plaza se realizan actos conmemorativos a los países centroamericanos. Un ejemplo de lo descrito, fue el acto público que hizo la Alcaldía del Distrito de Miraflores en el año 2022 con el objetivo de conmemorar los 201 años de Independencia de la región centroamericana sobre la Corona española.

Ilustración 4. Busto de Francisco Morazán en la Plaza Centroamérica, Lima, Perú

Fuente: foto tomada por Orlin Manuel Duarte, febrero de 2024.

Ilustración 5. Plaza Centroamérica en el Distrito de Miraflores, Lima, Perú.

Fuente: foto tomada por Orlin Manuel Duarte, febrero de 2024.

Capítulo II

El General Morazán en la historia del Perú

Enrique D. Tovar y R.[2]

— El Gran Mariscal La Mar llega a Costa Rica. Civismo de los costarricenses. La estada de La Mar en San José. II.— El prócer se radica en Cartago. Su Vida allí y su fallecimiento. La partida de defunción. Juicio de un chileno sobre La Mar. III. — La última voluntad del prócer y su peruanidad demostrada. Bermúdez y Da. Francisca de Stiepel. IV.— Rasgos de Historia peruana. V.— El mensaje del Presidente Orbegozo y la autorización legislativa para trasladar al Perú las reliquias de La Mar. Más sobre la vida peruana. Vl— Morazán en el destierro. Su permanencia en Lima. Su juicio sobre La Mar. El insigne caudillo retorna a la Patria. VII.— Americanismo sereno de Morazán. La situación de Centroamérica cuando dispuso que se exhumasen los restos del prócer. El acta de la exhumación. VIII.— El movimiento antimorazanista. Resistencia épica del caudillo. Como fue traicionado. Morazán deja de ser un hombre para transformarse en símbolo. Nueva acta Cordero y Espinosa. IX.— La Sra. Stiepel adopta resolución enérgica. Wallerstein. Como salieron de Costa Rica las cenizas de La Mar. Una carta y otros documentos históricos. X.— Los huesos del prócer en tierra peruana. Homenaje a Francisco Morazán.

A los señores Dr. Esteban Guardiola, Lic. Félix Salgado y Br. Salvador Turcios R.

[2] Este artículo se localiza en la Revista Anales del Archivo Nacional, 2da época, tomo 1, n°1, agosto-diciembre de 1990.

La obrilla que os envío, y que redacté en los escasos minutos en que no me venció la fatigosa labor diaria, ha resultado desaliñadísima e indigna del propósito que con ella persigo.

Invoco vuestra benevolencia.

No intentéis hallar en sus páginas mérito alguno, pues sería baldío por demás tal esfuerzo. Acogedla con la bondad que os pido, pero a ojo cerrado, y dignaos admitirla como el trabajo que — dedicado a vosotros tres— presento para mi ingreso como individuo, en la clase de Correspondiente, de nuestra ilustre D DE GEOGRAFÍA E HISTORIA DE HONDURAS, por mucho que las leyes que rigen de la carísima Institución a ello no me obliguen.

Los recuerdos que hago de vuestro mágico Morazán, ya los consignaron plumas peruanas mejor cortadas que la mía. Además, pues, de desaliñado este estudio, carece de originalidad.

Empero, reconociendo los defectos que se anotan deseo que me equiparéis al jardinero diligente que, si no "crea las flores", las realza y torna en bellas en el manejo de toscas herramientas, con el riego fecundo, con el uso atinado de abonos y, principalmente, con aquel amor con que realiza su labor humilde.

Me encanta el hacer resaltar que en la Historia del Perú registrase con frases de vivo reconocimiento el nombre de un hijo insigne de Honduras, y hago votos para que se sigan estudiando los motivos que, en nuestro pasado y en nuestro suelo común, a cada instante nos hablan de una estrecha fusión espiritual de la tierra nobilísima de Lempira y de la no menos noble de los Hijos del Sol.

Vuestro consocio y amigo afectísimo.

Enrique D. Tovar y R.

Seattle, Wash., 5 de Mayo de 1935.

¿Alguna pluma hizo justicia al americanismo de Morazán...? Admirable es el guerrero, admirable el vidente estadista de la unidad centroamericana. Pero más admirable nos parece Morazán cuando se le ve abrazado al lábaro de los ideales continentales.

Ed. Varriol

I

En las primeras horas del 23 de junio de 1829 arribaba a Puntarenas, Estado de Costa Rica, una goleta con procedencia de puertos peruanos. Era la "Mercedes", y a bordo encontrábase el Gran Mariscal don José de La Mar, dispuesto de la Presidencia del Perú por un nuevo "motín de Asnapuquio".

Dieciséis días antes, un golpe de estado que en Piura y en Lima dirigieron los generales Agustin Gamaray Antonio Gutiérez de la Fuente, había transformado la fisonomía política peruana, siguiéndose así la estela de aquellos altos jefes del realismo, que desconocieron al Marqués de Viluma y convirtieron en Virrey a La Serna.

Rodeaban a La Mar, en la "Mercedes", el Coronel don Pedro Bermúdez, dos oficiales y ocho individuos del "Cazadores de Pichincha", de una media docena de esclavos. La Mar y Bermúdez llegaban en la condición de desterrados. Los oficiales y la gente de tropa, a los órdenes del Capitán Casimiro Morales, cumplían la misión, a ellos confiada por Gamarra, de impedir que los políticos caídos intentasen bajar a tierra en el Ecuador.

"Aquello fue una bomba y el aturdimiento que produjo, mayúsculo", escribe el Lic. Gonzalez Viquez, quien prosigue: "Es preciso volver los ojos hacia atrás e imaginarse el Costa Rica de entonces, desprovisto de cultura, falto de riqueza y reñido con todo lo que significase, no digamos lujo, sino aún las más ele-

mentales comodidades, para calcular el efecto que debió producir aquí la inesperada visita del Presidente del Perú, es decir de un magnate de Lima, ciudad que para los americanos de aquella época representaba el summum de la opulencia".

Explicaron el arribo de la "Mercedes" su capitán don Juan Gómez y los propios pasajeros, y el comandante de Puntarenas cumplió con dar aviso al gobierno de lo que ocurría y con pedir instrucciones sobre su conducta. El Ministro señor Calvo, recibió los despachos del jefe del puerto, don Francisco Mora, y dijo a éste que desde luego se le franquee al Sr. General La Mar, presidente del Perú, salvoconducto para que ingrese al estado con su Estado Mayor, su equipaje sin registrarse, su servidumbre y también su custodia si fuera como guardia de honor y no de otro modo", e instruyó a la autoridad marítima que debía brindar "al ilustre General La Mar todas las atenciones que son debidas a su alta dignidad, franqueándole los auxilios que pueda demandar y estén al alcance de esa Capitanía."

Cumplió también el ministro con anunciar lo que pasaba, a la Asamblea, y envió al puerto al yudante mayor don Anselmo González, para facilitar el viaje de ilustre deportado hasta la capital costarricense.

El día 6 de julio, el Gran Mariscal La Mar y Cortázar, tras penosas jornadas, efectuó su ingreso en la hospitalaria ciudad Josefina. Fue allí muy bien recibido por el Jefe del Gobierno, don Juan Mora Fernández, por los elementos más representativos y por el pueblo. Se le dio una casa amueblada y se le visitaba y agasajaba con verdadero afecto.

Por desdicha, escasos son los documentos que se conocen para que nos informemos con pormenores de la recepción que se le tributó a La Mar. González Víquez hace algunas conjeturas, y llega a suponer que "no quedó bicho en su agujero; que la calle del Paso de la Vaca desde el Torres hasta el centro de la

incipiente capital, debió hallarse cuajada de curiosos; que por primera vez quizá se oyó el estampido de los tres cañones comprados en 1826 al celebérrimo ingeniero e inventor inglés Mr. Trevithichk, quien los había traído precisamente del Perú; que las bisabuelas de las actuales deidades Josefinas, que tanto trastornan el sentido de quienes caen en la red de sus encantos y que tanto gancho tienen para el extranjero, acudieron con ridículos perifollos, pero con rostros de querubines, a ver si flechaban al benemérito viudo o a su jefe de Estado mayor, que era un solterón o a los otros oficiales que calcularon que traería en su guardia el Presidente La Mar y que habían de ser apuestos donceles. Es casi seguro también que salieron al encuentro de la partida el jefe del Estado, don Juan Mora Fernández con su cara baironiana y el Ministro Calvo, con la suya de formas y perfiles más americanos, ambos honorables ciudadanos, funcionarios sin tacha y dignos representantes del pueblo laborioso y honrado, aunque un tanto torpe y asaz palurdo, del Costa Rica primitivo".

Sin embargo, el ilustre polígrafo costarricense halló un decreto por el que se dispuso que "al Presidente del Perú, General don José de La Mar...se le salude con una salva de quince tiros de artillería", y otro papel, además, que pone de manifiesto un gesto hermosísimo, y poco conocido, del civismo costarricense. Según aquel, los diputados, vista la penuria del Tesoro Público, dejaron de retirar sus dietas, a fin de que con tales dineros se agasajase al ilustre prócer de la independencia americana. Más — o tempora...— los dirigentes del Gobierno no consintieron en aquel sacrificio, y fueron ellos los que, con sus fondos personales, sufragaron los gastos. ¡Gesto hermoso, indudablemente, el de todos esos patricios que descansan ya en paz!

II

Pasados los festejos de que en San José fuera objeto, La Mar dirigióse a la ciudad de Cartago. Era el ex-Presidente del Perú, a la sazón, hombre de cincuentitrés años de edad, y como su

agitada vida de soldado y las amargas vicisitudes de los últimos tiempos, habían minado no poco su organismo, buscó en Cartago, población tranquila, de aire puro como el de su nativo suelo azuayo, el refugio que su atormentado espíritu necesitaba. En compañía del Coronel Bermúdez, hombre próximo al cuadragenio, y de sus esclavos fidelísimos, vivió relativamente tranquilo y bien querido de los vecinos del lugar, todos ellos "de añejas costumbres" y de "tradicionalismo religioso", como anota González Víquez.

Así transcurrieron para La Mar, en ambiente de égloga, el resto del año 1829 y los primeros nueve meses del 30, de aquel aciago año 30 que contempló el ocaso de Antonio José de Sucre, por obra de la bala parricida de Berruecos, y de Simón Bolívar, consumido por la bacteria de Koch, en la solitaria hacienda vecina de Cartagena de Colombia.

Y llegó el 12 de octubre, que conmemora el descubrimiento de este Nuevo Mundo, fecha en la que, para La Mar, todo concluiría en la tierra.

No hay detalles sobre su enfermedad última. Sólo sábese que, privado de conocimiento, recibió la Extremaunción de manos del cura interino de Cartago, don Rafael del Carmen Calvo, y que, a poco, dejó de existir.

Había nacido en Cuenca, la ilustre capital del Azuary, Ecuador, el 12 de mayo de 1776– lo que equivale a decir que vivió cincuenticuatro años y cuatro meses cabales.

El día siguiente se efectuó la devolución de sus despojos a la madre común. El ceremonial, por disposición del Gobierno, fue muy solemne, y los seis esclavos, idos desde el Perú con el amo afectuoso y que acompañaron a éste en todos los instantes de su exilio, cargaron la caja que habría de contener, por algunos años, la huesa de La Mar.

He aquí, con su ortografía original, la partida de entierro:

"En la ciudad de Cartago a los trece días del mes de octubre del año de mil ochocientos y treinta. Yo el Bo. Rafl. del Carmen Calvo, Cura Inte. de esta Cd. dí sepultura eclesiástica al Bto. General del Perú don José Lamar, viudo, de 50 años.— Recibió el Sto. Sacramento de la Extremaunción y no los demás por estar privado, y fue su entierro solemne. En la papelera se encontró su testamento, y para que conste lo firmo.— Rafael del Carmen Calvo— fr. José Eugenio Quesada".

Así concluyó el repúblico eminente, que tanto ilustró su nombre en Zaragoza y en la campaña del Rosellón, en Valencia y en Tudela, en el primer asedio del Callao y en las campañas decisivas de Junín y Ayacucho; el hombre que, por determinación de la Corona, estuvo indicado para ocupar el puesto de Virrey del Perú si faltaba pezuela (2), y sobre el cual, casi un cuarto de siglo después de su muerte, emitió el polígrafo chileno Bilbao este juicio, muy conciso pero justiciero en el fondo:

"... insuperable para haber gobernado en tiempo de paz, pero demasiado débil para épocas azarosas".

III

Fue voluntad de La Mar que sus restos descansaran en territorio peruano. Aunque nacido en suelo de Ecuador, su amor al Perú lo hizo resaltar muchas veces en su vida. Considerábase tan hijo del Perú como cualquiera de sus contemporáneos nacidos en la dura de Unanue, Rodriguez de Mendoza y Luna Pizarro y esgrimía en su apoyo resoluciones legislativas que le conferían la calidad de peruano de nacimiento, lo mismo que a todos los extranjeros que tomaron parte en las jornadas de la independencia (1). Por eso fue Presidente de la República, como por eso ocuparon posiciones de gran relieve en la vida peruana los británicos Miller y Guise, los argentinos Necochea y Alvara-

do, el germano Alhaus, los gran colombianos Ortiz de Zevallos, López Aldama y Martínez de Aparicio, los chilenos Borgoño y Arancibia, los peninsulares Pardo de Zela y Cerdeña, y tantos más, definitivamente incorporados a la nacionalidad.

Aquel deseo del prócer, de volver ya inánime a Perú, hubo personas que lo hicieron conocer a nuestros dirigentes. Una de ellas lo fue doña Francisca Otoya de Stiepel, dama peruana avecindada en San José de Costa Rica por muchos años. Otra, el coronel Bermúdez, quien, a poco de fallecido La Mar, retornó al Perú, fue ascendido a General de Brigada y ocupó, por fin, el palacio de Pizarro con el título de Jefe Supremo, en virtud del cuartelazo de 4 de Enero de 1834.

Y si el hilo del relato tocó este punto de la biografía de Bermúdez, no será por demás que se diga algo de los acontecimientos políticos del Perú de aquellos años.

A los tres meses de hallarse La Mar y Bermúdez en Costa Rica, el segundo, según afirmación del historiador Vargas (1), recibió un pasaporte que le remitió Gamarra, aun cuando hay quien dice que la vuelta de Bermúdez al Perú fue consiguiente a una amnistía. Pero hecho evidente es que viósele en Lima en 1831 y en buen predicamento con Gamarra, elegido ya Presidente en substitución de La Mar, y tanta fue la buena armonía en las relaciones de Agustín Gamarra y Pedro Bermudez, que éste fue no sólo Ministro de Guerra de aquél, sino su candidato a ultranza para la sucesión presidencial.

No pensó la Convención Nacional del mismo modo, y el 20 de Diciembre del año 1833, los convencionales, por gran mayoría, eligieron Presidente Provisorio de la Republica al General don Luis José de Orbegoso, quien, el día 30 del propio mes, juró el desempeño de sus altas funciones. Bermúdez sólo obtuvo en el escrutinio trentiséis votos, como en una de sus donosas tradiciones lo comenta Palma.

El proceder del cuerpo legislativo mereció franca aprobación popular. Sin embargo, en Enero siguiente produjose en Lima un movimiento de cuartel a favor de Bermúdez. El caudillo de ese brutal movimiento fue Gamarra. Y aunque el pueblo limeño puso en fuga al Jefe supremo Bermúdez, a su mentor el ex-Presidente y a los principales corifeos del golpe de estado, los fugitivos siguieron pugnando en el centro por derribar a Orbegoso. Todavía en Abril concluyó esa lucha fratricida, gracias a aquel episodio de la historia del Perú que se conoce con el nombre de "Abrazo de Maquinhuayo", causante del destierro de Gamarra al Alto Perú y del eclipse de Bermúdez, pues a éste ya no se le ve posteriormente sino de segundón y en descoloridos papeles de nuestra movida política.

V

En plena guerra civil, Orbegoso envió al Parlamento, con fecha 14 de Febrero, un mensaje destinado a recordar los merecimientos de "el justo, el virtuoso, el valiente e ilustre Señor General D. José de La Mar; a poner de manifiesto que las circunstancias políticas no habían permitido, siquiera, averiguar en donde estaban" los restos de aquel dechado de virtudes, de aquel insigne liberal, de aquel salvador de las leyes que deben tomar por modelo los que gobiernan un país libre", y a pedir que la Convención "autorizase" a su Gobierno a hacer el gasto extraordinario que demandara la traslación "de esas apreciables reliquias" hasta Lima, a fin de colocarlas en el cementerio público "con el decoro y dignidad que corresponde".

Pertenecen a ese notable documento del Presidente Orbegoso estos conceptos: "…sabemos, por notoriedad, que (La Mar) al terminar sus días, pidió, como una gracia, que sus cenizas reposasen en el suelo peruano, en este suelo que idolatraba, al que sirvió con tanto honor y por el que dejó de existir cuando más necesitábamos de sus servicios y del ejemplo de sus virtudes". La patética invocación del Presidente halló eco simpático en el

seno de la Convención, cuyos miembros, en su mayoría, habían aplaudido el acuerdo que tomose, siendo Gamarra Presidente, al recibirse la espada de La Mar, de inscribir el nombre del prócer en los libros de las municipalidades de la República, con estas palabras: "Defensor de la independencia y del honor de la patria, fiel observador de la Constitución y de las Leyes" (2). Y el 19 del mismo mes de Febrero, los diputados secretarios don Pedro Joaquín Granados y D. Narciso de Limaylla, dijeron, en nota, al Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores: "La Convención considerando la nota del Ejecutivo de 14 del corriente, en que solicita ser autorizado para hacer el gasto que demanda la traslación de las apreciables reliquias del Gran Mariscal D. José de La Mar, y colocarlas en el cementerio público con el decoro y dignidad que corresponde; ha resuelto que se proceda a verificar la traslación con la posible decadencia y por cuenta del Erario nacional, para satisfacer así los votos del pueblo peruano, tributar dignamente un homenaje a la memoria del hombre justo que presidió alguna vez los destinos del Perú" (3).

A la resolución legislativa se le puso el "cúmplase el 20 de Febrero de 1834".

Pero, ya lo hemos dicho, Orbegoso dirigió su mensaje sobre La Mar, cuando el país se hallaba en plena lucha fratricida, lucha que sólo concluyó el 24 de abril con el Abrazo de Maquinhuayo, gemelo y precursor del histórico Convenio del Jocote, en Costa Rica, por el cual Villaseñor facilitó, incruentamente, la Jefatura provisional del Estado al General Francisco Morazán en reemplazo del licenciado Braulio Carillo. Y después de Maquinhuayo, virtualmente se inició la lucha de los grupos políticos por la Presidencia Constitucional, lo que preocupó a Orbegoso, que era aspirante a la primera magistratura por elección de los pueblos, y como candidato y Jefe provisorio del Estado, emprendió una gira por el sur del país. La ausencia de Orbegoso avivó los apetitos de otros aspirantes, y cuando se produjo, con singular audacia, el golpe de estado del joven General Salaverry, iniciáronse para la República tiempos de durísima prueba, de gran efusión de sangre, de serías metamorfosis, también, en la fisonomía suramericana… Todo eso concluyó en Yungay, o Pan de Azúcar, el 20 de Enero de 1839, y resurgió como primera figura, nimbado de innegables prestigios, Agustín Gamarrá, titulado Gran Mariscal.

Los restos de La Mar continuaron, pues, olvidados por el Perú. La acción de Bermúdez— huído a raíz de su derrota, primero, y muy mezclado en los asuntos de la Confederación, después,— no se hizo sentir. La única persona, pues, que agitábase y escribía y celebraba conferencias con el propósito de ver cumplidos los anhelos del prócer, de descansar para siempre en el Perú. fue doña Francisca Otoya de Stiepel, hija de la provincia de Paita, casada con el caballero germano don Jorge Stiepel, quien, después de guerrear, según Stephens (1), en las luchas napoleónicas y asistir a la batalla de Waterloo, tomó pasaje para América y, como tantos otros, alistose en el Ejército Libertador del Perú. Doña Francisca, a quien– refiere González Víquez– se la llamaba "doña Panchita" hablando con ella, y la "paleña" hablando de ella, residió con su marido, convertido en comerciante, varios años en la capital costarricense, hasta que, en 1841, retorno al Perú, dejando al cónyuge en San José.

Más adelante se verá cómo actuó y triunfó en su noble empresa doña Panchita.

VI

Con abundancia de detalles nos revela el doctor Eduardo Martínez López que razones de índole política indujeron al General don Francisco Morazán a salir de Centroamérica e instalarse, con su familia, en la ciudad hoy panameña de David, provincia de Chiriquí.

En aquel tiempo, el bando peruano adverso a la Confederación Perú-boliviana y las fuerzas auxiliares de Chile comandadas

por el General Bulnes, ya habían reducido a polvo el poderío del General Santa Cruz, y Gamarra, por segunda vez Presidente, maquinaba de acuerdo con el caudillo boliviano ballivián, para impedir que el insigne vástago de la cacica de Huarina renaciese en su poderío con el apoyo de la facción que en el Atiplano encabezaba don Mariano Enrique Calvo, Santacrucista definido. Y aunque es de poner en tela de juicio el que Gamarra —quien escribíase con Morazán— llegara a ofrecerle al ilustre estadista dos veces Presidente de la República de Centroamérica, el Ministerio de Guerra, alto puesto del Ejecutivo que sólo a peruanos es dable confiar, parece, sí, evidente que le invitó a constituirse en Lima, tal vez sí ofreciéndole algo halagüeño en relación con sus aspiraciones.

Morazán embarcose con rumbo al Callao, en compañía de algunos de sus corifeos, entre ellos el General José Miguel Saravia y el Coronel Cruz Lozano. Pero al poner los pies en Lima supo que el Mariscal Gamarra no encontrábase allí, y muy poco después sorprendiole la noticia de su deseo en el campo de Ingavi, ocurrido el 18 de noviembre del 41. A quien saludó el ilustre viajero en el antiguo de los virreyes, fue al doctor Menéndez, que ejercía la Presidencia, y don Manuel acogió al eminente hijo de Tegucigalpa con diferencia suma.

En la capital del Perú vinculose el General Morazán con gente de valía. Hízose amigo del General José Rulino Echenique, más tarde Presidente de la República y hombre de grande influencia en el mundo político. Varias familias distinguidas abriéronle sus salones, y recibió, en fin, múltiples pruebas de hospitalidad y afecto. Encontró en Lima, también, al General Pedro Bermúdez, el cual lo introdujo en el círculo de sus amistades, le significó sus simpatías frente a la campaña contra el carrerismo, y tanto que posiblemente fue en esa oportunidad cuando facilitole aquellos dieciocho mil pesos que, con sus réditos, declaró Morazán, en la primera cláusula de su testamento, adeudarle al General peruano.

Desde luego, Bermúdez y "muchos de las personas más respetables de la República", según palabras del mismo Morazán—y doña Francisca Otoya entre ellas—, que veían en el ilustre caudillo al futuro rector de los destinos centroamericanos, le hicieron patente el anhelo, muy generalizado ya, de trasladar los huesos de La Mar al Perú, y el General "comprometió su palabra de interesarse en la consecución de esta demanda". Morazán admiró a La Mar. El historiador Vargas consigna que "refería el General Morazán cuando estuvo en Lima, que, en Costa Rica "los visitantes se retiraban de la casa de La Mar deplorando la desgracia del Perú de haberse dejado arrebatar a un mandatario tan lleno de virtudes políticas y sociales".

El mismo autor hondureño Martínez López, nos dice que después de permanecer cuatro meses en las tres veces coronada ciudad, "y en momentos en que se preparaba a salir con dirección a Chile", Morazán "recibió una proclama del Supremo Director del Estado de Nicaragua, en la que se llamaba con urgencia a todos los centroamericanos que se encontraban fuera, para que volaran a defender la soberanía de la Nación, pues habían ocupado los ingleses el puerto de San Juan del Norte". Además de esa proclama, en varios otros mensajes invitábasele a retornar a Centroamérica, "Por Dios, véngase inmediatamente, General —decía una de las cartas llegadas a Lima—, porque usted es el único llamado a redimir a estos pueblos y a poner dique a todas las vejaciones y tormentos de que son víctimas todos sus amigos y partidarios, por parte de Carrera, Ferrara y Carrillo". El General, "en vista de tantas excitativas, se hizo de algunos recursos y con ellos compró fusiles y demás elementos de guerra necesarios, y armó y equipó un buque con que volvería al Centro a defender la integridad nacional". Y tras muy breve descanso en Guayaquil, donde conferenció con el General don Juan José Flores, saltó a tierra en el puerto de La Unión.

Ello fue al amanecer del 15 de febrero de 1842.

VII

Pasando por alto, a fin de no hacer más largo este escrito, la serie de episodios notables que precedieron a la elección de Morazán como Jefe del Estado de Costa Rica, pues todos ellos han sido diestramente referidos por plumas expertas, trasladémonos al mes de Septiembre de aquel año 42, para evocar el gesto de americanismo que tuvo el insigne guerrero y político, calificado como la primera figura de la América Central.

El viejo admirador de La Mar, el fugaz visitante de Lima, el varón insigne que aspiraba a fundir las cinco naciones centroamericanas en una sola República grande, respetable, fuerte, hizo paréntesis simpático en sus muchas preocupaciones de orden externo e interno con relación a la seguridad del Estado, y decidió cumplir la palabra empeñada a orillas del Rimac y en pacto con la propia conciencia.

Era el 2 de septiembre, y desde julio hallábase autorizado por la Asamblea Nacional para reorganizar la República Centroamericana y establecer firmemente la unidad de los Estados de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Desde agosto había dictado las disposiciones preliminares de la campaña. El plan tal vez sí por lo grandioso, había ido convirtiendo en enemigos del gran político a muchos de sus conmilitones y partidarios, y en varios puntos de América Central observábanse síntomas inquietantes de peligro para el buen éxito de los ideales unionistas.

Es de admirarse, pues, que en tales momentos voraginosos hubiese hecho que su Ministro Saravia, compañero suyo en el viaje al Perú, se dirigiese, con aquella fecha 2 de septiembre, al Vicario Foráneo de Cartago, así:

"Muchas de las personas más respetables de la República peruana, y especialmente el señor General don Pedro Bermúdez,

desean que se restituyan a aquel país los restos del Benemérito General don José La Mar, Presidente que fue de dicha República y que existen sepultados en el panteón de esa ciudad; y como el General Jefe Supremo, durante su mansión en el Perú, en donde recibió tantas pruebas de hospitalidad y benevolencia, comprometió su palabra de interesarse en la consecución de esta demanda, acuerda ahora que Ud., con el Jefe Político Departamental, se sirvan disponer la exhumación de los restos de referido General La Mar, con toda la solemnidad debida a su alto rango, celebrando en unión con los facultativos y vecinos principales de esa ciudad una acta en que conste la identidad de los huesos del expresado General La Mar, colocándolos en seguida en la urna que al efecto se remite".

Y envió la urna con chapa de oro y llave de precioso metal, y comisionó al Capitán salvadorence don Félix Espinoza para que recibiera los despojos de ex-Presidente del Perú.

Tanto el Vicario como el Jefe Político de Cartago recibieron la orden suprema y obviando tropiezos, cumpliéronla con absoluta fidelidad. El día 9 del mismo mes de septiembre, presentes el cirujano, autoridades y vecinos más visibles, se efectuó la pedida exhumación de la huesa. Se suscribió el acta, y el 10 se le envió a Morazán un informe.

El acta extendida el 9 es como sigue:
"En la ciudad de Cartago, Estado de Costa Rica, República de Centro-América, a los nueve días del mes de Septiembre de mil ochocientos cuarenta y dos. Reunidos, a virtud de la orden del Supremo Gobierno que encabeza esta acta, el Sr. Vicario Eclesiástico de Estado José Gabriel del Campo, Jefe Político del Departamento Sr. Telésforo Peralta, Comandante General del mismo Teniente Coronel Sr. Pedro Mayorga, Cura Párroco de esta Ciudad Sr. Presbítero beneficiado Rafael del Carmen Calvo, Cirujano Sr. Pablo Alvarado, y los vecinos señores Presbitero Nicolás Oreamuno, Francisco Calvo, Asunción Brenes,

Joaquín Ortiz, Joaquín Porras y Jesús Aragón, se procedió a esclarecer el lugar en que existen sepultados los restos del ilustre General Presidente del Perú D. José de La-Mar, y constituidos en el panteon de esta Ciudad todas las autoridades y señores dichos, oídos los informes de los señores Tranquilino Bonilla y Juan de Dios Marchena que, como testigos presenciales, vieron sepultar el cadáver de dicho General La-Mar en el tramo donde existe el asiento de sepultura del finado beneficiado Señor Félix de Alvarado, el dia trece del mes de Octubre del año de mil ochocientos treinta; y sin embargo de que las facultades comunicadas a la Vicaría Foránea de este Estado, por la general Obispado, no se halla la de conceder licencia para exhumar cadáveres; atendiendo a la presente demanda que hace el Señor Libertador de Costa Rica, Jefe Supremo Provisorio del Estado, a nombre de las personas distinguidas y respetables de la República Peruana; al mérito del ilustre héroe finado Señor General La-Mar; y al dificil recurso que hay para obtener la dicha licencia del Prelado Diocesano; el supradicho Vicario Foráneo, en virtud de la voluntad presunta del expresado superior, concedió la correspondiente licencia para la exhumación del cadáver del Sr. General José de La-Mar; se hizo cavar dicha sepultura a presencia de todos los circunstantes, y se encontraron unos huesos que son cuatro pedazos del cráneo ya podrido; dos tercias de la mandibula inferior con once dientes; diez y seis vértebras articulantes entre sí; dos clavículas; dos omoplatos en tres pedazos; veinte y cuatro costillas en cuarenta y tres pedazos; dos femures con un trocánter de menos; una tibia entera y otra partida en su parte media inferior, un peroné entero, y otro partido en su parte media inferior, dos húmero; un radio sin base; cinco hueso de metacarpo y metatarso. Las partes cartiaginosas no existían en ninguno de ellos. Las partes esponjosas empezaban a destruirse; y en las que esta sustancia es muy poca, como en los omoplatos y los íleos había fracturas. Todos ellos fueron distinguidos cuidadosamente por el cirujano, por sus tamaños, figuras, situaciones, regiones, eminencias, cavidades, y conexiones; y por el estado de los otros con quienes estaban confundidos.

También se encontró un corbatín de seda con hebilla de hierro; los bordados de la casaca que pesan como ocho onzas; un botón de semillor de la casaca; dos plantillas de las chinelas que llevó el cadáver en el ataúd. Todos los cuales restos fueron colocados con los ritos y solemnidades con que la Iglesia celebra el oficio de los difuntos, en la urna preparada al efecto, la cual después de cerrada, tomando la llave el Sr. jefe Político para entregarla al Jefe Supremo del Estado, fue conducida, en medio de numeroso acompañamiento y escoltada por todas las fuerzas militares existentes en la plaza, que le hicieron los honores debidos al alto rango del difunto, a la Iglesia principal de esta Ciudad, para que de ella salga al puerto en donde deben embarcarla, con el fin de restituir a la República Peruana tan valioso depósito. Todos los señores funcionarios públicos y vecinos circunstantes, al concluirse este acto, protestaron solemnemente, que si consentían en devolver al Perú los restos de su Primer Magistrado el General La-Mar, era únicamente porque conociendo el precio de tan respetables cenizas, no querían defraudar a los Peruanos de la satisfacción de poseer los restos de tan ilustre víctima, inmolada por las tempestades civiles que por desgracia despedazan la América, sacrificando sus mejores hijos; que uniéndose a estas consideraciones, el deseo de obsequiar el vivo interés que con tal objeto ha manifestado el General Libertador de Costa Rica, se deciden a permitir gustosos que salgan de Cartago los restos de este caudillo de la Independencia Americana, que dio tantas pruebas de alecto a los Costarricenses, y especialmente al pueblo en que fijó su residencia, que durante doce años ha regado su tumba con las lágrimas del verdadero sentimiento, y dirigido al Cielo fervientes votos por su eterno descanso político, de que certifico.— José Gabriel del Campo, —Telésforo Peralta.— Rafael del Carmen Calvo.— El Cirujano Pablo Alvarado.— Tranquilino Bonilla— Joaquín Ortiz.— Juan de Dios Marchena.— Nicolás Oreamuno. Por súplica de los señores José Asunción Brenes y Jesús Aragón que no saben firmar y como testigo, José Joaquín Porras.— Francisco Calvo.— Pedro Mayorga.— Joaquín Estevan Peralta".

Es tan detallado el documento que en toda su integridad se reproduce, que los comentarios sobrarían. Según él, las autoridades y el vecindario de Cartago identificáronse en su sentir con el General Morazán y, a vez que allanaron tropiezos de formalidad, tributaron singulares honores al virtuoso difunto y pusieron de relieve sus simpatías intensas hacia la nación peruana.

El presbítero Calvo —ilustra González—, en su informe del día siguiente, 10, dio noticia oficial a Morazán de la exhumación efectuada, y le dijo que "se hizo un prolijo examen para que no quedase reliquia alguna que no se recogiese y a mi presencia se han colocado todos los restos en la urna que V. destinó al efecto".

Pero… "estuvo de Dios que tan venerados despojos no habrían de descansar tranquilamente por algunos años más..", dice el doctísimo historiador costarricense tantas veces mencionado.

VIII

Llega el 11 de septiembre, y en la ciudad de Alajuela se inicia la reacción contraria a Morazán, secundándola San José, Heredia y otros puntos, cuando el paladín de la unidad centroamericana casi no contaba con fuerzas disponibles para defender su causa, pues parte del ejército había ido al Guanacaste, en la frontera nicaragüense, y la otra a Puntarenas.

Los reclutas de Alajuela, destinados a iniciar la campaña que Morazán hallábase en vísperas de emprender, rebélanse contra el Jefe del Estado, encabezados por un Florentino Alfaro. Los insurrectos de San José diezman la guardia de honor del Jefe de Costa Rica, y con el auxilio de nuevos contingentes de rebeldes llegados de otras poblaciones, efectúan el ataque general.

¡Había llegado el instante del holocausto!...

Morazán resiste, convertido en fiera, con algo más de un centenar de hombres bisoños, durante tres días, haciendo él mismo de artillero. Sus fidelísimos amigos son otros tigres que titánicamente luchan y hacen frente al ataque arrollador. Cae la señora Morazán en manos de los adversarios más recalcitrantes del amado esposo. El General mismo recibe, en pleno rostro, una herida que pudo inutilizarle... Un sacerdote de apellido Castro, enviado a ofrecer garantías al Jefe de Costa Rica, no logra llenar a satisfacción su papel, y ante su fracaso ceba más el odio. El Comandante Mayorga, a quien ya conocemos, por ser uno de los que aparecen en el acta de la exhumación de la huesa de La Mar, sale de Cartago con ochenta hombres y acude en auxilio de su Jefe, pero como choca con los revolucionarios y palpa cuan imposible es el triunfo de Morazán, abandona ruinmente a éste y vuelve a Cartago para declarase por los antiunionistas y traicionar al hombre que, dice Martinez Lopez, hablale dado cuanto era y tenía…

La resistencia tenaz, épica, admirable, de Morazán y sus contadísimos leales, era, en lo absoluto, estéril. La ola de la rebelión habíase tornado incontenible, y la solución única en tan exasperante prueba, fue la retirada.

A las tres de la mañana del 14, "Morazán, Cabañas y Villaseñor, a la cabeza de un puñado de héroes, extenuados por el hambre y el cansancio y por un reñido combate que había durado ochenta y ocho horas, la efectuaron". El yerro estuvo en seguir el consejo de Villaseñor, que creía en la fidelidad del "amigo Mayorga"... ¡Y a Cartago dirigiéndose, como quien dice a la ratonera! Así las cosas, en presa sencillísima fue para los enemigos el hacer triunfar su plan...

Era el 15 de septiembre de 1842, fecha cívica, la más grande de Centroamérica. Sin embargo, los manes de los próceres de la Emancipación, no lograron desviar la curva trágica...

Los de la legión de Pinto, Espinach, Mayorga y demás adversarios del caudillo más prestigiado de la Federación Centroamericana, llevaron a cabo sus designios de segar la vida del gran estadista y guerrero a fin de impedir que los ideales de unión se consumasen.

¡Y así fue recordada la gesta heroica de la Independencia, sacrificando en un patíbulo a un ilustre americano que pudo cometer muchos errores pero que, a pesar de ellos, está catalogado entre los caracteres más vigorosos y esclarecidos del Nuevo Mundo! Morazán fue a reunirse con La Mar…

Morazán dejó de ser un hombre y se transfiguró en Símbolo……
Observándose atentamente, en Cartago los acontecimientos, el día 13 de septiembre sentose, al pié del acta de la exhumación de los restos del ex-Presidente La Mar, la constancia que va enseguida.

"En trece días del propio mes y año: adviertiendo el Jefe Político Departamental, y el padre Vicario del Estado, que no puede efectuarse la entrega de los restos del finado General señor José de La Mar, de que habla la acta anterior, al Sr. Félix Espinoza, comisionado por el Jefe supremo General Morazán, para que los conduzca a la ciudad de San José donde él reside, siendo la causa de no entregarse la transición política contra el Gobierno actual que incidió en estos días, por cuya razón no debe estar el expresado Jefe Supremo en disposición de recibirlos para remitirlos al Perú, hemos determinado encargar al señor Cura interino de esta ciudad, que se halla presente, disponga se custodien los referidos restos de la urna que los deposita en una pieza de la Iglesia parroquial, hasta que por el Gobierno Supremo del Estado se disponga a su remisión al Perú, y habiendo aceptado el padre cura referido el encargo antedicho, la firma con los ante-expresados, por ante mí el Secretario del jefe político, de que doy fe.— José Gabriel del Campo.—Telésforo Peralta.—

Rafael del Carmen Calvo.—Joaquín Esteban Peralta ."
Pasadas pocas semanas, algo incorrecto sucedido con la urna que quedase "depositada en una pieza de la iglesia parroquial". hubo intentos de apoderarse de ella, pues el 28 de octubre, el sucesor de Mayorga en la Comandancia de Cartago, don Juan Freses Ñeco, pues en conocimiento del superior que tenía noticia, por una carta presentada a la Jefatura Política, de que "el señor Máximo Cordero quiere furtivamente apoderarse de los huesos del finado General La Mar", por lo que su despecho había dispuesto "asegurarlos hasta que el Gobierno disponga lo que convenga con estos restos". Agregaba que para verificarlo con las formalidades correspondientes, es necesario que la llave de la urna en que deben colocarse se exija del capitán Félix Espinoza, prisionero de la extinguida división invasora, la que por noticias de la esposa del señor Mayorga, es de oro". Y concluye manifestando que "al apoderarse de estas reliquias un desterrado enemigo del Estado, como lo pretendía ocultamente", quizás hubiese abrigado Cordero el designio de "comprometer al Estado con la República Peruana", y reiterando la conveniencia de que el General en Jefe hiciera que el expresado Espinoza exhiba la llave de dicha urna que tengo en mi poder."

Tal vez si lo anterior fue engendro de las pasiones políticas del instante. Y lo que no admite dudas es que la huesa de La Mar —como se verá después— permaneció en el templo parroquial de Cartago y que el guardador responsable siguió siéndolo el cura interino, el mismo que atendió al prócer en sus últimos momentos.

¿Hasta cuándo esos inanimados despojos aguardaron el viaje al Perú?

IX

Conocemos ya a la energética doña Francisca Otoya de Stiepel, que retornó al suelo nativo en 1841.

Cuando fue noticiada esta dama de los graves acontecimientos de Centroamérica, determinó tomar participación principal en la traslación del cadáver de su grande amigo el desventurado ex-presidente, propósito que concordaba con lo resuelto por la Convención en la época de Orbegoso, y del cual ella había hecho partidarios a muchos prominentes políticos, y al mismo Morazán, cuando en Lima estuvo el afamado caudillo hondureño.

Había dejado doña Panchita muchas buenas amistades en San José, y entre tan excelentes amigos figuraba don Eduardo Wallerstein, germano como su marido y persona que, desde 1832, actuó en el alto comercio de la amable capital josefina, desempeñó la presidencia de la Junta Itineraria, fue uno de los más resueltos propulsores del camino a puntarenas y cuando, hacia 1845, trasladóse a Londres, sirvió en la capital de la Gran Bretaña el Consulado General de Costa Rica.

Se valió doña Francisca de aquel amigo, para su nobilísima empresa y otorgole amplios poderes, pues había que gestionar cerca de las nuevas autoridades costarricenses el permiso para sacar de Cartago las reliquias del prócer peruano.
Wallerstein hizo cuanto considero viable para cumplir los designios de la señora Stiepel, encarnación del sentir de sus compatriotas, y la carta siguiente, escrita por el distinguido comisionado, a su amiga, de 11 de abril de 1848, y los documentos a aquellos anexos permiten conocer la evolución de las gestiones de don Eduardo. Dice la carta:

"A la señora D. Francisca Otoya, en Paita.

Muy señora mía:

Los sentimientos de gratitud que me animan hacia U. por la hospitalidad generosa que tuvo la bondad de dispensar por muchos años, me hicieron determinarse a dar la U. una prueba de

ellos empeñandose en satisfacer uno de los deseos más ardientes de su corazón. U. deseaba recoger y trasladar a su patria las reliquias del Sr. General D. José de La Mar, Presidente del Presidente del Perú, depositadas en la ciudad de Cartago; yo las solicité de estas supremas autoridades, y tengo con la noble mira de que los restos de un grande hombre, cuya memoria aprecia tanto este pueblo, fuesen colocados y honrados como merecen y es debido en su patria.

Le remito a U. pues la urna venerable que contiene los huesos del General La-Mar, sellada, tendrá U. la satisfacción de tributar un obsequio homenaje a su patria, y de haber llenado los deberes de la sincera amistad que cultivó con un compatriota tan sustinguido como benemérito.

Soy de U., señora muy atento y obediente servidor. Q.B.S.P.

(Firmado) "Eduardo Wallerstein"

Capítulo III

Francisco Morazán en el Perú

Jorge Arturo Montoya[3]

En el mes de septiembre, mes de la patria en Honduras y los países centroamericanos, se cumple un aniversario del viaje del prócer hondureño Francisco Morazán, al Perú. Esta es una feliz ocasión para traer al presente, hechos del pasado que denotan una historia de relación, amistosa entre los pueblos de Centroamérica y el Perú, hechos que se inscriben en la Historia de América en la Historia de todos nosotros. Pero no se trata de una mera visión al pasado, sino de una forma de comprender mejor nuestras realidades para proyectarnos solidariamente al futuro. Es también una oportunidad que permite a los peruanos, en el mes de la Patria de Honduras, rendir homenaje a la nación hondureña y a las naciones centroamericanas que celebran su aniversario Patrio. En la historia que nos vincula, encontramos hechos anteriores a inicio de la vida independiente de nuestros pueblos, desde la afirmación comprobada que mucho debieron los Incas a otras culturas y que fueron numerosas estas culturas preincaicas: Probablemente vinculadas a Centroamérica, descendieron de Norte a Sur, si bien su orden de arribada y sus radios de expansión aún no pueden ser exactamente determinados, hasta la participación de un peruano en la formación de la vida independiente de Honduras, según lo relata el Doctor José Reina Valenzuela, en un artículo periodístico publicado en Tegucigalpa, el 29 de julio de 1981 (en ocasión del 160 aniversario de la Independencia de Perú), que en la Historia de Honduras figura, repetidamente, el nombre de Carlos Joaquín Herrera, un distinguido médico peruano, de fructífera labor desde 1818, cuya firma aparece en séptimo lugar en vuestra Acta de Inde-

[3] La publicación del embajador peruano se localiza en: https://www.latribuna.hn/2022/10/09/francisco-morazan-en-el-peru/

pendencia, entre los nombres de don Miguel Bustamante y Fray Nicolás Hermosilla (Guardián de San Francisco), lo que le da la calidad de prócer que compartió la decisión política de Honduras. Nacionalizado, ya fue Diputado por Comayagua, de la Asamblea Constituyente, que dictó la Constitución de 1848 y fue Presidente de la Asamblea Legislativa en 1850. Las relaciones diplomáticas del Perú, con Centroamérica, nacen a los pocos años de la gesta emancipadora y se afianza en ideales comunes con la convocatoria del Congreso de Panamá, de 1826, por el Libertador Simón Bolívar, conjuntamente con el gran ideólogo y político peruano, José Faustino Sánchez Carrión, Tribuno de la República, que ejercía el cargo de Secretario General de Estado. En los dos momentos, en el de San Martín y en el de Bolívar, el Perú alentó decididamente una política de franco americanismo y de unidad moral del contingente y, desde la iniciación de la República, sus mayores esfuerzos han estado dirigidos a conseguir el sincero y leal entendimiento entre los pueblos de América Latina, por considerar que la solidaridad continental es el único escudo para defender la autonomía y la paz de la región. Por tanto, no por casualidad, llegó Morazán a tierras peruanas. En abril de 1840, a bordo de la Goleta "Izalco", partió Morazán rumbo al sur. Recién en agosto de 1841, emprende viaje hacia el Perú, la vinculación con el Perú del General Morazán, había sido antecedida por su amistad con el General Pedro Bermúdez, Jefe del Estado Mayor del Ejército, en el Gobierno del Presidente La Mar, durante el destierro de éste, en Costa Rica, cuando fue dispuesto La Mar en la madrugada, el 9 de junio de 1829. El Presidente La Mar, y el entonces Coronel Bermúdez fueron embarcados en el Puerto Paita con un pequeño número de esclavos y una pequeña escolta del batallón Pichincha, en una pequeña goleta. El 23 de junio llegaron a Punta Arenas, en Costa Rica, tras un viaje sin provisiones. El Presiente Juan de Mora recibió al depuesto mandatario peruano y a su comitiva con todos los honores de su clase, incluyendo una salva de cañonazos. La Mar prefirió vivir en Cartago por su clima apacible y por la tranquilidad de que gozaba era más de

su gusto; allí se hizo amar de todos cuantos le visitaban y trataban con él y contaba el General Francisco Morazán, cuando estuvo en Lima, que todos deploraban la desgracia del Perú al haber perdido un mandatario tan adornado de virtudes, políticas y sociales. El Coronel Pedro Bermúdez se casó en Costa Rica y volvió al Perú gracias a una ley de amnistía en 1831. No pasó mucho tiempo y fue nombrado ministro de guerra de su enemigo y perseguidor el Mariscal Agustín Gamarra. El cadáver del Presidente La Mar, fue exhumado por orden del Presidente Francisco Morazán que había recibido el encargo de Bermúdez en Lima en 1841, pero la sublevación que derrocó al Presidente Morazán demoró la repatriación de los restos de La Mar al Perú. Después de esta disgreción que pretende dar un marco referencial histórico al momento y circunstancias de la llegada al Perú de Francisco Morazán, veamos la favorable acogida que tuvo en tierras peruanas. El diario "La Bolsa de Lima" saludó la presencia del "distinguido americano" en su edición de 14 de septiembre de 1841, decía: ¿Quién ha olvidado el valor del General Morazán en el campo de batalla, su generosidad en la victoria, su humanidad en el cólera morbus? Su vida política pertenece a la historia; ella lo juzgará con imparcialidad en la calma de las pasiones; ella distinguirá, señalará la parte que ha tenido el patriotismo desnudo en su administración. A propósito de su amistad con el General Bermúdez, referida anteriormente, se dijo también en el diario La Bolsa de Lima: "Hace pocos días que este distinguido americano pisó las playas peruanas honrándonos con su visita. El General Morazán, a quien sus propios enemigos no le pueden negar ese mérito positivo, que hace enmudecer a la rabiosa envidia, supo cuando estuvo en la cima del poder y la fortuna, dulcificar la amargura del destierro a muchos peruanos, entre ellos a S.E. el General Gamarra. La gratitud pues, la civilización y todas aquellas simpatías que hacen brotar en el ánimo la presencia del mérito desgraciado, nos obliga a dirigirle este pequeño, pero sincero homenaje de estimación y respeto, ojalá el General Morazán encuentre entre nosotros, aquellos nobles sentimientos únicos, capaces de consolar al

hombre filósofo lejos de la patria y de su familia". Las vinculaciones del General Morazán con el Perú ofrecen una gama de razones para la decisión de su viaje a Lima. Para los historiadores Montúfar de Guatemala y Martínez López de Honduras, estando el General Morazán en su retiro en David, recibió del Mariscal Agustín Gamarra, héroe de la independencia del Perú. Mariscal de Ayucocho y a la sazón Jefe del Estado, varios ofrecimientos, entre otros, el que asumiera el mando de cinco mil hombres que estaban para marchar hacia la frontera con la República de Bolivia, pero el héroe, según los referidos historiadores, declinó tales ofrecimientos, dando sus más cumplidas gracias al mariscal y expresándole que sus deseos más fervientes, eran regresar de su patria; la declinación de la oferta no fue por falta de valor, pues su vida estaba pendiente de la triste situación de Centroamérica, según escribe Santos Méndez en la revista Foro Hondureño, el 15 de septiembre de 1942. Por otra parte, como lo señalé antes, el General Bermúdez había hecho gran amistad con el General Morazán durante su destierro en Costa Rica y por añadidura se encontraban en Lima por destierro los cuñados del General Bermúdez, hermanos Escalante, costarricenses y es muy posible que el llamamiento de ellos haya influenciado en la decisión del General Morazán de viajar al Perú. El doctor Enrique D. Tovar en su obra "Morazán en la Historia del Perú" refiere: "en la capital del Perú, vinculase el General Morazán con gentes de valía. Hízose amigo del General José Rufino Echenique, más tarde Presidente de la República y hombre de grandes influencias en el mundo político. Varias familias distinguidas abriéronle sus salones y recibió, en fin, múltiples pruebas de hospitalidad y afecto. Encontró en Lima también al General Pedro Bermúdez, el cual lo introdujo en el círculo de sus amistades, le significó su simpatía frente a la campaña contra el Carrerismo y tanto que posiblemente fue en esa oportunidad, cuando facilitó aquellos dieciocho mil pesos que con sus réditos, declaró Morazán en la primera cláusula de su testamento, adeudar al General peruano". En noviembre de 1841 murió el Mariscal Agustín Gamarra en la Batalla de Ingavi en la guerra con Bolivia. Francisco Morazán permaneció en el Perú desde el 9 de septiembre de 1841 hasta el 22 de diciembre del mismo año. Tenía proyectado seguir al sur hacia Chile, pero recibió una proclama del Supremo Director del Estado de Nicaragua, en la que se llamaba con urgencia a todos los centroamericanos, para que acudieran a defender la soberanía de la Nación, pues los ingleses se habían apoderado del puerto de San Juan del Norte y le llegó también una comunicación del Ministro General de dicho Estado, en que le instaba para que fuese a prestar su contingente. Consta en el diario limeño "La Bolsa" del 23 de diciembre, que Morazán salió del Callao a bordo del bergantín nacional "Cruzador". Entre los pasajeros figuraban el General Trinidad Cabañas, el General Máximo Orellana, don Cruz Lozano, don Miguel Álvarez Castro, don Alejo Escalante, don Eduardo González, don Miguel Molina y don Miguel González Saravia que habían acompañado a Morazán en Lima. En la Cronología de Ramón Oquelí que aparece en la publicación de la Secretaría de Cultura, Volumen I "Francisco Morazán Obras". Se dice que con el préstamo que obtuvo del General Bermúdez, Francisco Morazán fletó el bergantín "Cruzador". Este sucinto repaso histórico identifica episodios de afinidad entre nuestros pueblos que permiten calificar a las relaciones entre nuestros países de tradicionales y amistosas. Pero la visión de la historia no es únicamente para sollozarnos en el pasado, sino para proyectar el futuro de nuestro desarrollo con la solidaridad que favorece la afinidad histórica que encontramos en las relaciones de nuestros pueblos. En la Historia de Perú se registra con frases de vivo reconocimiento el nombre de un hijo insigne de Honduras, lo que dice de una fusión espiritual entre la nobilísima tierra de Lempira y la no menos noble de los Hijos del Sol, del Imperio de los Incas. Muchos tal vez no lo sepan, la figura de Morazán está perennizada en Lima con un monumento en una plazuela, rodeada de jardines, cercana al mar, en el bello distrito de Miraflores, inaugurada el 30 de octubre de 1980, en la feliz ocasión de la histórica ceremonia de la firma del Tratado General de Paz, entre las delegaciones de

Morazán en los Andes: un capítulo olvidado de la historia

Honduras y El Salvador, en el Palacio de Gobierno de Lima. Embajador del Perú

Capítulo IV

Morazán en el Perú

Rafael Heliodoro Valle.[4]

MONTÚFAR, en su "Reseña Histórica de Centro América" (II, 601, Alvarado Contreras en su discurso inaugural de la estatua del héroe en San Salvador ("Honduras Literaria", II, 330) Martínez López en su "Biografía de Morazán" (p204) y todos los que les ha comprado, aseguran que para ir al Perú recibió Morazán del presidente Mariscal don Agustín Gamarra, quien estuvo en Centro América en 1835 y recibió según se ha dicho especiales muestras de hospitalidad. Y hasta han asegurado que Gamarra le ofreció el mando de las tropas en la guerra contra Bolivia.

He recorrido los periódicos de Lima de aquella época y no encuentro la comprobación de esa noticia.

Reconstruyendo el itinerario de Morazán, desde el 8 de abril de 1840 hasta su entrada en Costa Rica, se halla la primera noticia que en el Perú se tuvo de haber abandonado Centro América:

NOTICIAS DE CENTRO AMERICA. — Sabemos que el Presidente de la República, General Morazán se halla en Chiquiri(sic) pueblo de Nueva Granada. El general Carrera le ha sucedido en el mando de su República, cuyo país está en una completa guerra".[5]

Tal noticia es de gran interés para la cronología morazánica. El 11 de agosto, el mismo diario insertó la *Nota que el general Morazán dirige al gobierno al separarse de la Jefatura del Estado del Salvador, fecha 3 de abril de 1840".
Morazán salió del puerto de La Libertad (El Salvador) el 8 de

[4] Este artículo se localiza en la Revista Anales del Archivo Nacional, 2da época, tomo 1, n°1, agosto-diciembre de 1990.
[5] "El Comercio", Lima, 30 de julio 1840.

abril, depositando el poder en el Consejero Antonio José de Cañas. En su séquito iban los hombres más prominentes del liberalismo militante. El 16 de julio de 1841 dirigió su célebre Manifiesto de David, y estando ya en dicha población, entonces colombiana, el Presidente del Perú, Mariscal Gamarra (si aceptamos lo que a Martínez López le dijo don Cruz Lozano) le hizo varios ofrecimientos para ir a dicha república, entre ellos el de "que fuera a hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, o el mando de 5.000 hombres que estaban para marchar al encuentro de los chilenos (entonces estaban en guerra Perú y Chile) o el empleo que él quisiera; pero Morazán le contestó manifestándole su gratitud y diciéndole que no podía aceptar porque sus deseos más ardientes eran regresar a su país!" Si lo de la oferta del Ministerio fue verdad, como su afirmación de que la oferta de que los chilenos estaban en guerra con los peruanos, entonces la memoria del señor Lozano, no era muy feliz.

Entre los secuaces de Morazán que no pudieron desembarcar en Costa Rica y corrieron su suerte en el destierro figuraban el general Máximo Orellana, el general Miguel González Saravia, el coronel Cruz Lozano y don José Antonio Ruíz, hijo del héroe. El primero de ellos se le anticipó en la llegada al Perú, porque en el diario "La Bolsa", de Lima, (del 19 de mayo) se publicó un remitido suyo (Anexos núms. 3 y 5).

No pudo ver el barco de vapor

No tenía Morazán mayor prisa de llegar a Lima, a pesar de su amistad con Gamarra, quien estaba entonces en el apogeo del poder, como Presidente, Gran Mariscal y Restaurador del Perú. Aprovecho la admirable evocación que mi amigo Raúl Porras B. me hizo epistolarmente sobre aquellos días limeños.:

"Los buques del Norte que llegaban al Callao en vez de llevar en su pasaje al general Morazán, iban cargados de arroz y de aceite de esperma. Los días que se perdía el caudillo prescrito

en aquella tierra calurosa de David! La vida era muelle y fina en Lima. La Rossi y la Pantanelli hacían gorgoritos en el Teatro Principal, importando esa curiosidad de mal gusto que se llama la ópera. Los periódicos de la época hacían sonar todas las campanillas en honor de las cantatrices, y a diario surgían admiradores desentrenados de Bellini que lloraban en su butaca con Romeo y Julieta. En esos días llegó al Callao el primer buque de vapor que iba a hacer el servicio del Pacífico, y la población porteña, entusiasmada al ver andar un buque sin necesidad de velas, quemó cohetes y llevó lanchas con bandas de música que en torno del buque (se llamaba "El Perú") celebraban el magnífico suceso! Un suntuoso banquete y un rasgo de elegancia que se perdió de presenciar, por no haber llegado a tiempo, el general Morazán! Al general Gamarra le ofrecieron un gran almuerzo a bordo del vapor, pronunciándose brindis larguísimos, y la sociedad limeña, entusiasmada con la novedad, contrató el buque para hacer un excursión en la que la mayor parte de las señoritas se marearon horriblemente con gran sentimiento de los aficionados a valsar".

Morazán en Lima

"El Comercio" de Lima (28 septiembre 1841) informaba que el Mariscal Gamarra había salido hacia el sur el 1ª de dicho mes, lo cual no concuerda con la afirmación de "La Bolsa" (13 septiembre), que aseguraba que el 27 de agosto. Su Excelencia estaba en el Cusco y que seguía su marcha.

El 9 de septiembre el general Morazán ya estaba en Lima, pues ese día se presentó a la Policía para recibir su pasaporte de permanencia en el país, manifestando que había llegado de Guayaquil y que se hallaba hospedado en "casa de las Sras. Bandas", y el mismo día se presentaron también don Manuel Merino y don Cruz Lozano, procedentes del mismo puerto y dando como domicilio la misma casa, que, al parecer, era de huéspedes.[6]

[6] "La Bolsa", 10 de septiembre de 1841.

Es posible que los distinguidos viajeros llegaron al Callao el mismo día nueve a bordo de la barca francesa "Salamandra", de 175 toneladas, la única que aparece en la lista de barcos más inmediata a dicha fecha, como procedente de Guayaquil y Montecristi, con viaje de 31 días, siendo M. Belzaguy, su capitán. Pudo, también, llegar al Callao el 7 de aquel mes, a bordo del bergantín ecuatoriano "Juana Garaicoa", cuyo capitán Gómez manifestó que desde Guayaquil el viaje duró 18 días[7].

"La Bolsa" del 16 de septiembre saludó al General Morazán en términos significativos:

"GENERAL MORAZÁN. Hace pocos días que este distinguido americano pisó las playas peruanas honrándonos con su visita. El General Morazán, a quien sus propios enemigos no le pueden negar ese mérito positivo, que hace enmudecer a la rabiosa envidia, supo cuando estuvo en la cima del poder y de la fortuna, dulcificar la amargura del destierro a muchos peruanos, entre ellos, a S. E. el General Gamarra. La gratitud pues, la civilización, y todas aquellas simpatías que hace brotar en el ánimo la presencia del mérito desgraciado, nos obliga a dirigirle este pequeño, pero sincero homenaje de estimación y de respeto. ¡Ojala el General Morazán encuentre entre nosotros aquellos nobles sentimientos, únicos capaces de consolar al hombre filósofo lejos de la patria y de su familia! EE".[8]

El 14 de septiembre "La Bolsa" reprodujo el artículo que J. Mercher publicó en San Salvador (Anexo número 4) y en la misma fecha el Presidente Gamarra dirigió a los bolivianos su proclama desde el cuartel general en Lampa. Los periódicos limeños, especialmente "La Bolsa", nada volvieron a decir sobre Morazán hasta fines de 1841, y acerca de su estadía en la capital, sólo se sabe de importante que cultivó buenas relaciones el General José Rufino Echenique, más tarde Presidente (amistad estrecha, dijo Lozano a Martínez López, los señores Escalantes y el General Pedro Bermúdez, cuñado de éstos.

[7] Datos curiosos: "El Comercio" de Lima (10 de marzo de 1840) dijo que el 23 de abril de 1839 llegó al Callao el barco "General Morazán", de 228 toneladas, procedente de Centro América; el 30 de enero de 1840 se publicó una noticia sobre la campaña de Morazán (Anexo Número 1), y el 11 de mayo siguiente, el mismo diario continuaba informando sobre la situación de Centro América (Anexo número 2).

8 "La Bolsa", Lima, 16 de septiembre de 1841. Este documento lo publiqué en el "Boletín de la Escuela Normal de Varones" de Tegucigalpa.

Su retorno a Centro América

En noviembre de 1841 murió el Mariscal Gamarro en la batalla de Ingavi. No consta en papeles públicos que Gamarra haya hecho alguna invitación a Morazán ni que éste haya ido al Sur a entrevistarle. El 3 de noviembre debe haber leído Morazán los versos que aparecieron sin firma en "La Bolsa" como Antonio José de Irisarri, uno de los políticos que le habían combatido con las armas en Centro América (Anexo Núm. 6).

Morazán permaneció en Lima desde el 7 ó el 9 de septiembre hasta el 22 de diciembre. Proyectaba el viajar a Chile, cuando recibió una proclama del Supremo Director de Estado de Nicaragua, en la que se llamaba con urgencia a todos los centroamericanos que se encontraban fuera, para que acudieran a defender la soberanía de la nación, pues los ingleses se habían apoderado del puerto de San Juan del Norte, y le llegó también una comunicación del Ministro General de dicho Estado en que le instaba para que fuese a prestar su contingente. Consta en "La Bolsa" del 23 de diciembre que Morazán salió del Callao a bordo del bergantín nacional "Cruzador", barco que se dirigía oficialmente "con destino a Méjico; su capitán, don Roberto Marshall, con otros hombres de mar", y que entre los pasajeros figuraban el General Trinidad Cabañas, el General Máximo Orellana, don Cruz Lozano, don Miguel Álvarez Castro, don Alejo Escalante, don Eduardo González, don Miguel Molina y don Miguel González Saravia

Morazán y sus compañeros se hallaban en Guayaquil el tres de enero de 1842, pues hay una carta de esa fecha en la que se dice:

"Carta de Guayaquil, 3 de enero de 1842.— Aqui se ha reunido un almácigo de retoñantes presidentes: se hallan en ésta, el protector Santa Cruz, Presidente Orbegoso, id. Riva Agüero, id. del Sud Perú, General Herera, id. General Morazán, en vía para Centro América a reclamar sus legítimos derechos, llevando consigo una gran comitiva de los espulsos de aquel país".[9]

El 15 de febrero de 1842, Morazán arribó al puerto de La Unión, El Salvador, después de un año y nueve días de ausencia. El 7 de abril estaba en el puerto costarricense de Caldera, y dice el Dr. Montúfar: "Los enemigos de Carrillo escribieron a Morazán ofreciendo apoyo para venir a Centro América y derrocar a don Braulio. El General Bermúdez, peruano, de quien ya se ha hablado en esta obra, era cuñado de los Escalantes, se hallaba de regreso en su patria, y a él se dirigían muchos enemigos de Carrillo para que se pusieran en contacto con el General Morazán y se le facilitaran recursos para venir a redimirlos".

No cabe duda de que el General Bermúdez le había ayudado pecuniariamente, pues en su testamento, firmado el 15 de septiembre de 1842, Morazán dice: "Declaro: que todos los intereses que poseía mios y de mi esposa los he gastado en dar un gobierno de leyes a Costa Rica, lo mismo que ($ 18.000) dieciocho mil pesos y sus réditos que adeudo al señor General Pedro Bermúdez"[10].

El 28 de mayo de 1842, se divulgaron en Lima noticias sobre la llegada de Morazán a Costa Rica, el 17 de abril (Anexo número 7); el 30 de mayo se supo de su presencia en Puntarenas (Anexo número 8) y el 4 de julio se publicó nueva carta dirigida del mismo puerto costarricense el 16 de abril (Anexo número 9).

[9] "El Siglo Diez y Nueve," México, 11 de febrero de 1842.

[10] Pedro Bermúdez, hombre de paja, sucesor de Gamarra en 1834, fue desterrado con el General La Mar a Costa Rica en 1829 y allá se casó con una distinguida dama, doña Rosalía Escalante. Volvió a Lima en 1831. El 24 de abril de 1834 terminó su efímero gobierno y volvió a Centro América, pero regresó en 1837. ("Galería de retratos de los gobernantes del Perú Independiente", por José Antonio de Lavalle. Barcelona, 1909.

¿Quién sería el que enviaba esas cartas y quién las hacía publicar en Lima? La pregunta de motivo a nueva indagación.

México, 27 de agosto 1942.

Anexos
1
CENTRO-AMÉRICA
Realejo, Noviembre 4 de 1839

El estado político de este país sigue envuelto en desgracias. Habiendo entrado los de Honduras al territorio de San Salvador arrojaron al General Morazán; pero mediante una hábil contramarcha ordenada por él, un inteligente oficial se echó encima y derrotó a 300 hombres que marchaban a Comayagua Capital de Honduras, de allí pasó a Tegucigalpa (sic), derrotando y tomando cuanto se le presentaba; esto era mientras que el mismo Morazán distraía al ejército invasor en una fuerte posición adonde se había retirado, Riva-tiempo, un poco más acá de San Vicente; así estuvo hasta que una mañana muy tempestuosa los atacó y derrotó completamente tomándoles 700 fusiles, la espada del general, toda la artillería, parque, equipajes &c. Los de esta provincia a quienes el espíritu de partido había hecho tomar parte a favor de los de Honduras, han sido batidos en todas partes por los oficiales de Morazán". (El Comercio, Lima, 30 enero 1840).[11]

Lima en 1831. El 24 de abril de 1834 terminó su efímero gobierno y volvió a Centro América, pero regresó en 1837. ("Galería de retratos de los gobernantes del Perú Independiente", por José Antonio de Lavalle. Barcelona, 1909.

Capítulo V

Morazán en el Perú

Francisco Lino Oseguera.[12]

N. de R. —Este es un extracto de una conferencia de nuestro ilustre colaborador en el Círculo Militar de Lima, mientras desempeñaba igual cargo diplomático ante aquel Gobierno, al ser nominado Miembro del "Instituto Libertador Ramón Castilla". La conferencia fue publicada por la Revista del Instituto Castilla, en el número 4 del año IV.

...Antes de abordar el tema permitidme agradecer a los miembros del Instituto "LIBERTADOR RAMON CASTILLA", el doble honor que me otorgan: incorporarme a la Institución y ocupar esta tribuna. Procuraré ser breve, tratando cada asunto fría y objetivamente, a sabiendas de que los temas que he de abordar no pueden agotarse en una sola disertación.

...Honramos ahora, en este acto, la memoria del Libertador Ramón Castilla por la gloria misma a que es acreedor; pero, especialmente, por su Decreto histórico de Huancayo, mediante el cual quedó abolida la esclavitud en el Perú. Como centroamericano me asocio a este homenaje y os ruego me permitáis que recuerde en esta oportunidad algunos hechos históricos poco conocidos en vuestro país y en Centro América; hechos que comprueban de manera incontrovertible las simpatías del hombre de Tarapacá hacia las repúblicas del istmo.

Para dar al tema la estructura más conveniente, colocaré a Castilla y a Morazán en el centro y aludiré, en primer término a

[12] La publicación del embajador salvadoreño en Nicaragua la podemos localizar en: Este artículo se localiza en la Revista Anales del Archivo Nacional, 2da época, tomo 1, n°1, agosto-diciembre de 1990.

la abolición de la esclavitud en Centro América; enseguida, trazaré a grandes rasgos, el perfil de Francisco Morazán, cuya presencia en Lima a fines del segundo cuarto del siglo pasado, contribuyó a despertar en el animo de peruanos ilustres, profundo interés por el destino de la América Central.

Gamarra y Echenique, Bemúdez y Castilla, —cada uno de ellos en su época— estuvieron ligados a nuestra historia. Los mencionaré, pues, finalmente, precisando los hechos que nos acercaron a Castilla, sin olvidar la participación de Antonio Valle Riestra en la lucha que sostuvieron nuestros países oponiéndose y frustrando los intentos del filibustero William Walker encaminados a hacer de nuestras repúblicas, colonias de los Estados Unidos.

...Este mismo mes, el 31 de diciembre de 1923, tuvo lugar en Centro América, en la Antigua Guatemala, el acontecimiento histórico que paso a relataros. Celebraba su última sesión la Asamblea Constituyente, cuando se presentó al recinto del Augusto Cuerpo, "un hombre de rostro escuálido y cuerpo encorvado; hebras de plata poblaban su cabeza y su mirada denotaba fatiga; iba andrajoso y pobre, raída la sotana, pero limpia. Un crucifijo de plata colgaba sobre su pecho". Penetró trabajosamente al recinto, "pero se advertía que extrañas fuerzas impulsaban aquella humanidad agotada". Pide la palabra y el Presidente del Cónclave Constituyente la concede, "en atención —dice el historiador salvadoreño Jorge Lardé y Larín— a sus maduros años y a su ascendiente indiscutible como maestro y guía". El anciano ocupa la tribuna parlamentaria y "con voz pausada —sigue diciendo el mismo cronista —pero con grandeza de tempestad y ecos de truenos irritados" pronuncia este discurso que por sí sólo honraría a cualquier congreso.

"Vengo arrastrándome, dijo, y si estuviera agonizando, agonizando vendría para hacer una proposición benéfica a la humanidad desvalida. Con toda la energía con que debe un diputado promover los asuntos interesantes a la Patria, pido: que ante todas las cosas y en la sesión solemne del día, se declaren ciu-

dadanos libres a nuestros hermanos esclavos. Este es el orden que en justicia debe guardarse; una Ley que la juzgo natural porque es justísima, manda que el despojado sea ante todas las cosas restituido a la posesión de sus bienes, y no habiendo bien comparable con el de la libertad, ni propiedad más íntima que la de ella —como que es el principio y el origen de todas las que adquiere el hombre — parece que con mayor justicia deben ser inmediatamente restituídos al uso integro de ella; todos saben que nuestros hermanos han sido violentamente despojados del inestimable don de su libertad, que gimen en la servidumbre suspirando por una mano benéfica que rompa la argolla y el virote de su esclavitud. Nada, pues, será más glorioso a esta Augusta Asamblea, ni más grato a la nación, ni más provechoso a nuestros hermanos, que la pronta declaración de su libertad; la cual es tan notoria y justa, que sin discusión y por general aclamación debe decretarse". Enseguida, pronunció esta frase que los centroamericanos hemos esculpido en su monumento. "LA NACIÓN TODA SE HA DECLARADO LIBRE; LO DEBEN TAMBIÉN SER LAS PARTES QUE LA COMPONEN" Y al final, con voz fuerte que contrastaba con su figura endeble, expresó: "MÁS PARA QUE NO SE PIENSE QUE QUIERO AGRAVIAR A NINGUN POSEEDOR, DESDE LUEGO, Y AUNQUE ME HALLO POBRE NO ME PAGAN EN LAS CAJAS MIS REDITOS NI LAS DIETAS, CEDO CON GUSTO CUANTO POR UNO Y OTRO TÍTULO ME DEBEN ESTAS CAJAS MATRICES, PARA DAR PRINCIPIO AL FONDO DE INDEMNIZACIÓN ARRIBA DICHO."

Quien habló así en aquella memorable ocasión —el 31 de diciembre de 1832— fue el diputado Constituyente, Presbítero y Doctor José Simeón Cañas y Villacorta, prócer de nuestra independencia política y autor del Decreto que abolió la esclavitud en Centro América.

Refiriéndose a este suceso, el historiador guatemalteco Antonio Batres Jaureguí, dice: "Cabe contar con satisfacción patriótica

que la América Central abolió la esclavitud 24 años antes que Francia lo hiciera en sus Colonias; 9 años antes que Inglaterra en las suyas; 39 años antes que los Estados Unidos; 31 años antes que Rumanía y 65 años antes que Brasil.

El Presbitero y Doctor José Simeón Cañas y Villacorta, nació el 18 de febrero de 1767, en la ciudad de acalecoluca, El Salvador; murió el 4 de marzo de 1838.

Con pocos años de diferencia, como acabamos de ver, Perú y la América Central abolieron la esclavitud, adelantándose a muchos países; sin embargo, las ideas anti-esclavistas en esta República, habían sido ya proclamadas 74 años antes, el 4 de noviembre de 1780. En esta fecha, don José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru Il, Inca, Cacique de Tungasuca, al rebelarse contra el Gobierno español —gesto precursor de todos los movimientos independentistas de América— fijó, entre otros objetivos, los siguientes: "DEVOLVER A LA RAZA INCAICA EL SUELO QUE COMO PROPIEDAD SAGRADA HABIA RECIBIDO DE SUS ANTEPASADOS; SUPRIMIR, DE UNA VEZ POR TODAS, A CUALQUIER COSTO DE SANGRE Y DE MARTIRIO, EL ABUSO Y LA CRUELDAD DE QUE ERA OBJETO EL INDIO PERUNO, DESDE LA INICIACION DE LA CONQUISTA; Y ABOLIR LA ESCLAVITUD DEL NEGRO".

Tras el fracaso de la formidable rebelión de Túpac Amaru, el General Don José de San Martín, 40 años más tarde (28 de Julio de 1821), proclama la Independencia del Perú, y 15 días después, emite su famoso Decreto en que declara: "TODOS LOS HIJOS DE ESCLAVOS QUE HAYAN NACIDO Y NACIEREN EN EL TERRITORIO DEL PERU, DESDE EL 28 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO... SERAN LIBRES Y GOZARAN DE LOS MISMOS DERECHOS QUE EL RESTO DE LOS CIUDADANOS PERUANOS; etc".

Los antecedentes enumerados, la devoción de Castilla por la libertad de sus conciudadanos y de su propio país, dan la talla de su personalidad y prueban su patriotismo acendrado. Para exaltar a Castilla, con las mismas palabras con que lo ha hecho, en un acto como este, el señor General Ricardo Pérez Godoy, (1), cito aquí, los términos con que el distinguido Jefe militar, perfila a vuestro prócer:

"NO HAY PERUANO QUE HAYA TENIDO INFLUENCIA TAN POSITIVA Y MULTIFORME EN LA EXISTENCIA DEL PERU INDEPENDIENTE. DIFICIL ES ENCONTRAR UNA VIDA PUBLICA MAS EMOTIVA, MAS RECIA, MAS FECUNDA, SUGESTIVA Y TRÁGICA QUE LA DE ESTE ARTIFICE PROVIDENCIAL DE NUESTRA ESTRUCTURACION REPUBLICANA. UNA SOLA FUE LA ASPIRACION DE SU EXISTENCIA, UNO SOLO EL OBJETIVO DE SUS SACRIFICIOS, UNO SOLO EL MOVIL DE SU OBRA PORTENTOSA: LA GRANDEZA DEL PERU. TODA SU VIDA LA DEDICO POR ENTERO A ESTE OBSESIONANTE IDEAL

DESDE LOS AGRESTES DESIERTOS DE TARAPACÁ, HASTA LOS CAMPOS DE BATALLA DE LA INDEPENDENCIA Y DE LA INCIACION DE LA REPUBLICA; DESDE EL GOBIERNO HASTA EL PARLAMENTO; DESDE EL MOMENTO ESTELAR DE SU APOTEOSIS, HASTA SU PATETICA AGONIA EN LOS FUNEBRES ARENALES DE TILIVICHE, TODO LO SACRIFICO: HONORES, PODER, TRANQUILIDAD, AMOR, HOGAR, Y RIQUEZAS, A LA CONSECUCION DE ESTE IDEAL SUPREMO QUE POSEYO SU ALMA POR COMPLETO".

Consideré importante dejar apuntados cronológicamente los hechos relativos al proceso emancipador de los esclavos, en nuestros países; de ellos se deriva la prueba de que los ideales

de Libertad y Justicia circulaban ya desde antes del siglo pasado por todos los ámbitos de América. Túpac Amaru II, en Tungasuca; Castilla, en Huancayo; Cañas en la Antigua Guatemala; Morelos, en el Congreso de Chilpancingo, México; Lincoln, en Gettysburg, inspiráronse en el mismo ideal y lucharon por igual causa.

(1).— Nota de la Redacción: El General Ricardo Pérez Godoy, citado por el Embajador Osegueda, es el mismo personaje que preside ahora la Junta Militar que Gobierna el Perú.

El perfil morazánico

Trazaré ahora, a grandes rasgos, la figura de Francisco Morazán, el hombre que más contribuyó a despertar el interés de peruanos eminentes por el destino de Centro América. Nació Morazán en San Miguel de Tegucigalpa, el 3 de Oct. de 1792, y puede decirse que la propia Tegucigalpa y la misma tierra rumorosa de Honduras, sólo fueron parte reducida del escenario en que le veremos actuar.

Desde que el niño José Francisco frecuentaba la humilde escuela de su pueblo, presentía ya que aquél no sería su principal escenario; y es que en la mente del joven se va gestando una concepción de la patria muy distinta de la que tenían entonces la generalidad de sus compatriotas. En el fenómeno que explica la aparición del genio, no cabe el milagro ni nada que pueda considerarse sobrenatural. El caso de Morazán se explica porque él es un joven lleno de ponderación y equilibrio; que estudia incansablemente; que medita y observa con interés cuanto acontece a su alrededor, lejos o cerca; le afecta la realidad social y política de su tiempo, y vive atento a las ideas que se filtran hasta Tegucigalpa; las que hacen circular por todo el mundo los enciclopedistas; las que le llegan de Venezuela y de Colombia a través del pensamiento de Bolívar y Miranda; percibe las voces de Rozas y de Egaña, en Chile; conoce el pensamiento de Artigas— a quien han de llamar después el demócrata más grande del Río de La Plata—; el del Cura de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón, y cuanto acaece en el Perú de entonces. Y sobre todo, se inflama su patriotismo cuando escucha el llamado emancipador de las campanas de La Merced —el 5 de Noviembre de 1811, en San Salvador— echadas al vuelo por el Padre José Matías Delgado. Era la aurora de la Independencia de Centro América.

Su vocación militar, innata en él, se había profundizado con la lectura de los antiguos, y, como el Corso, conocía a Polibio, a Plutarco y a César; leía a Montaigne, y en el intérvalo de sus campañas, —se dice meditaba los Evangelios.

Así, pues, la mentalidad del joven político en lo que concierne a la libertad que aspiraban sus conciudadanos, a la libre expresión de las ideas, a la tolerancia religiosa y las tendencias que él fomentó más tarde en el campo de la cultura general, reflejan la influencia de sus lecturas y explican por qué se identificó, desde joven, con el movimiento emancipador que cundía entonces en todas las colonias sometidas a España.

Se mueve Morazán en un ambiente social integrado por una clase dominante —conservadora y cleriacal— que absorbe por sí sola la riqueza y la autoridad de las provincias; por lo que podría llamarse la clase media liberal, librepensadora y progresista, que se siente destinada a jugar papel importante al quedar liquidado el estado feudal; y también por la gran mayoría del pueblo que vegeta en los campos centroamericanos; masa desorganizada, inculta, sin conciencia de clase y sometida a la servidumbre de los señores que detentaban entonces el poder y la riqueza de nuestras tierras.

En este escenario aparece Morazán en la vida pública centroamericana, afiliado al partido que se opuso a la anexión a México, durante el efímero Imperio de Agustín de Iturbide, y luchan-

do después, con todas sus fuerzas y hasta muerte a la de evitar el desmembramiento de nuestra República Federal.

El Ideal Morazánico fue siempre anti-anexionista, anti-separatista, vale decir, autonomista y unionista. Nuestro prócer ve en la unidad política la grandeza de Centro América, y la sueña fuerte, grande y culta, conviviendo pacíficamente con todos los pueblos americanos.

Prueba tales sentimientos, cuando ofrece su espada y su Ejército —el Ejército de Centro América— a la hermana República de México y se compromete a luchar al lado de los hombres de aquel país, contra lo que representaban y eran partidarios del absolutismo real de Fernando VII. La carta del 18 de marzo de 1830, dirigida al licenciado don Lucas Alemán, entonces Ministro de Relaciones Exteriores de México, dice así:

"NO CABE YA NINGUNA DUDA DE QUE SE PREPARA UNA NUEVA Y FUERTE EXPEDICION CONTRA LA AMERICA; Y PERSUADIDO, PUES, GOBIERNO DE QUE LA UNION ENTRE LAS DOS REPUBLICAS LAS HARA MAS INACCESIBLES A LA FUERZA ESPAÑOLA, OFRECE DESDE LUEGO AL DE ESA NACION, EN EL CASO DE SER NUEVAMENTE ATACADA, TODOS LOS AUXILIOS DE QUE PUEDAN SER SUSCEPTIBLES LOS RECURSOS DE CENTRO AMERICA. MI GOBIERNO ESTA EN APTITUD DE REUNIR SUS FUERZAS A LAS DE ESA REPUBLICA PARA AYUDARLA A SOSTENER SU CARA INDEPENDENCIA. (Fdo.) Francisco Morazán". Pudieron, pues haber combatido hombro con hombro las milicias de Gracias y de Olancho, de San Pedro de Perulapán y las Charcas, al lado del heroico Ejército mexicano; asi, se habrían hermanado en la batalla la bandera azul y blanca de Centro América, y el Pabellón azteca —verde, blanco y rojo— en manos del General don vicente Guerrero entonces Presidente de aquella República.

Esta carta de Morazán al Gobierno de México es prueba de su fe en los ideales del Libertador, y con ella hace honor a la palabra de Centro América empeñada en los Protocolos del istmo: Protocolos que firmaron en Panamá el año de 1826, Perú, México, Colombia y Centro América.

Para crear un Estado fuerte, digno y culto— y al propio tiempo respetable por sus instituciones y sus leyes— Morazán planteó la Reforma Social de 1823-1824, e inició la revolución burguesa en Centro América, procurando dar al liberalismo su interpretación correcta.

Rodeado de colaboradores representativos del movimiento progresista, entre otros, el doctor José Cecilio del Valle —hondureño como él— considerado como la inteligencia más cultivada y el pensador más profundo de la América Central—, Morazán mediante una serie de leyes orienta al país por los derroteros de la vida moderna y se esfuerza por destruir el régimen feudal en su patria.

El maestro e historiador mexicano Licenciado Luis Chávez Orozco, en su elogio a Morazán, se refiere a las leyes y decretos de su gobierno con estas palabras:

"SUS ACUERDOS Y LEYES SOBRE LA TOLERANCIA RELIGIOSA EN CENTROAMERICA; SOBRE LA ABOLICION DE LOS DIEZMOS Y LA DESAMORTIZACION DE LOS BIENES DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS, (Julio de 1829); Y LOS DECRETOS DE 9 DE JULIO DE 1830, QUE PONIAN EN MANOS DEL ESTADO LA EDUCACION ELEMENTAL Y REFORMABAN LA EDUCACION SUPERIOR, SIGNIFICAN, DENTRO DEL MOVIMIENTO CULTURAL DE LA AMERICA LATINA, LA PRIMERA FORMULA LEGISLATIVA PARA ESTRUCTURAR LA EDUCACION POPULAR EN UN SENTIDO FRANCAMENTE DEMOCRATICO" y agrega: "EL ESPIRITU DE TAL DISPOSICION COMPARABLE CON LA QUE REFORMO LA EDUCACION

NACIONAL FRANCESA, INSPIRADA POR CONDORCET, Y APROBADA EN ABRIL DE 1792, POR LA ASAMBLEA LEGISLATIVA, FUE PARA MEXICO EL APOYO IDEOLOGICO GRACIAS AL CUAL, LOS GOMEZ FARIAS Y LOS MORA, LOS GOROSTIZA Y LOS RODRIGUEZ PUEBLA, SE ENTREGARON A LA EMPRESA DE REDACTAR LA LEY DE OCTUBRE DE 1834 CREADORA DE LA FECUNDA DIRECCION DE INSTRUCCION PUBLICA".

Como soldado, Morazán era a la vez estratego y táctico consumado; estudiaba en su despacho sus planes de campaña con todas sus derivaciones, y en el terreno y en la batalla misma era audaz, rápido en la maniobra, decisivo en el ataque. Esto lo probó en la batalla de Gualcho, en la de San Francisco Perulapán, en La Trinidad, y en Las Charcas.

Hombre moral en el más amplio sentido de la palabra, valiente y sereno ante todos los peligros, justiciero y magnánimo, siempre colocó en primer lugar su deber y su devoción en servir a la Patria. Por eso no debe sorprendernos que hallándose sus hijos amenazados de muerte en condición de rehenes, en San Salvador, plaza que defendía el general guatemalteco Rafael Carrera y a la que ponía sitio Morazán, éste no desiste en su empeño de rendir la ciudad y contesta así a la intimidación: "DECID A CARRERA QUE PASARE SOBRE LOS CADAVERES DE LOS MIOS Y QUE HARE ESCARMENTAR A SUS ASESINOS". Con estas palabras hacía honor a su condición militar y de jefe de Estado.

Este prócer, este soldado centroamericano —a quien el Libertador Castilla conocía por referencias, a través del general Pedro Bermúdez— estuvo en Lima después de expatriarse por propia voluntad, pensando que así servía la causa de la paz y de la Unidad de Centro América. No lo vencieron las armas, se ha dicho; lo vencieron el ambiente y la incomprensión de los espíritus ordinarios que le salieron al paso.

Morazán desembarcó en el Callao a fines de octubre de 1841, atendiendo la invitación que le había hecho el general don Agustín Gamarra, entonces presidente del Perú; pero Morazán no pudo reunirse con su amigo en Lima, pues por esos días Gamarra se encontraba en campaña; se sabe que Morazán recibió un rudo golpe cuando llegó a esta capital la noticia de la muerte de Gamarra, ocurrida entre los cerros y los pantanos de Ingavi. Tenemos la esperanza de poder localizar algún día las cartas que se cruzaron ambos caudillos, lo mismo que otros documentos relativos a la amistad de Morazán con los generales Bermúdez y Echenique.

Pero hay otros nexos y otros sucesos que relacionan a Morazán con el Perú; uno material; el préstamo que por la cantidad de 18.000 pesos recibió de manos de Bermúdez y diversos equipos y provisiones que pudo obtener aquí para llevar en su expedición; y otro, sentimental, que prueba la estimación y el respeto que siempre profesó el General Bermúdez a su Jefe el General La Mar, y que el destino quiso que estuviese ligado con la suerte misma de Morazán.

Con base en documentos recogidos por el historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia, "el General peruano don Pedro Bermúdez dejó rastro en nuestra política y nuestra alta sociedad; en la primera porque se le hizo intervenir en ella; en la segunda, por su matrimonio con la bellísima doña Rosalía Escalante y Nava; era Jefe del Estado Mayor del General del Perú fue derrocado y proscrito en 1829, y con él llegó a Costa Rica en Junio del mismo año, acompañandole fielmente hasta su muerte acaecida en Cartago el 12 de Junio de 1830. En virtud de una amnistía, Bermúdez regresó al Perú el año siguiente, volviendo a nuestro país en 1834, otra vez desterrado. En 1835 conoció a Morazán, y en Septiembre accedió a formar parte de una comisión pacificadora nombrada para conjurar la guerra civil. A su vez Morazán, Presidente entonces de Centro América, le encomendó, desde San Salvador, en 1836, otra misión de paz

que debía desempeñar asociado con don Manuel Mora Fernández, cuando fue invadido el Guanacaste por Manuel Quijano. En 1837 regresó definitivamente a su patria, dejando en Costa Rica muy buenos recuerdos".

Pues bien, cuando Morazán emprendió el viaje a su país después de permanecer algunos meses en contacto diario con Bermúdez, éste le dio el encargo de que mandase exhumar, y le enviase a Lima, los restos de su Jefe, el General La Mar.

La expedición de Morazán tuvo éxito al principio, y fue así que, en la primera oportunidad, el 9 de Septiembre de 1842, mandó se exhumasen solemnemente los restos del presidente peruano, depositándose la urna que los contenía, cerrada con llave de oro, en la sala de la casa de don Pedro Mayorga, comandante de la Plaza de Cartago, y al cuidado del capitán salvadoreño don Félix Espinoza quien debía conducirlas a Lima. La urna de madera preciosa que Morazán mandó a fabricar, dice González Víquez, "no pudo llegar a su destino hasta varios años después; el primer obstáculo que surgió para emprender el largo viaje, fue la rebelión del 11 de Septiembre".

La rebelión a que alude González Víquez, fue la misma que detuvo la marcha de Morazán: vencido en ella, fue capturado, precisamente, en la misma casa de Mayorga, tres días más tarde, el 14 de Septiembre de 1842, víspera del Aniversario de nuestra Independencia política. Y por la noche, la escena se volvió trágica, dantesca; "en el centro de la habitación — dice Fernández Guardia— sobre una mesa cubierta con bandera peruana, estaba la urna de La Mar, alumbrada con un cirio mortecino; en un catre de tijera yacía muerte el General Saravia —quien se suicidó en el instante de su captura—; en otro, el General Villaseñor, —gravemente herido— pues había fracasado en su intento de matarse; y, sentado en una silla, con grillos en los pies y con una herida en la cara, Morazán permanecía sumido en profunda y dolorosa meditación".

En tales condiciones, es fácil presumir cuán grandes serían los sufrimientos del héroe, y cuáles los recuerdos que se acumularían en su memoria al encontrarse en aquella triste situación. Debe haber pensado en sus amigos de Lima, en sus días de gloria y sobre todo, en lo que luego escribiría en su testamento; el futuro de la Patria Grande que amó hasta la muerte. Esto ocurrió el día siguiente, 15 de Septiembre de 1842.

Después de aquella noche de vigilia, Morazán fue conducido a San José, Capital, de Costa Rica, y alrededor de las 6 de la tarde, se le condujo al Parque Central donde iba a llevarse a cabo la ejecución. Con la serenidad proverbial en él, se despidió de sus amigos y conocidos y luego pidió, como última gracia, se le permitiese tomar el mando de los soldados que iban a ejecutarlo. Dio órdenes al pelotón para que se formasen reglamentaria, y enseguida, volviendose hacia General Villaseñor, le dice: "Adiós, amigo; yo lo he traído aquí pero dentro de poco nos volveremos a ver". Se persigna musita el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y luego, con voz alta y arrogante, ordena: "Soldados, preparen armas. Apunten…" pero, observando una puntería muy alta, la corrige, y tras una pausa breve como si se tratase simplemente de una maniobra militar y no de su propia vida, pronuncia la voz ejecutora: ¡FUEGO!... Así terminó sus días el paladín de la Libertad y de la Unidad Centroamericana; en la misma forma en que rindió los suyos Leoncio Prado en Haumachuco, con igual valor y con la misma dignidad.

Menciono estos hechos porque ellos sirvieron, si duda, cuando se conocieron en Lima, para despertar sentimientos de simpatía hacia nuestro prócer, para la causa que defendió hasta el fin, y para Centroamérica.

Y pueden explicar, también, el interés que demostró el Libertador Castilla por los acontecimientos de Centro América desde el instante en que la integridad de aquellas repúblicas se vio amenazada por el filibustero William Walker.

La política del Gobierno de Castilla, a quien ahora honramos — en cuanto concierne a su intervención en favor de nuestra causa, se encuentra explicada en la Historia del Perú del doctor Jorge Basadre y en vanas monografías publicadas en Centro América dedicadas a narrar la guerra contra Walker.

En el capítulo XVI págs. 421 y siguientes, Basadre, al ocuparse de la Misión Gálvez en Centro América, puntualizada estos hechos: "su objeto, dice, fue auxiliar a las Repúblicas de esa zona continental amenazada en su independencia y continuar la obra de unión entre los Estados Latinoamericanos. Antes del envío de la Misión Gáivez, ya el Perú había suministrado recursos pecuniarios al Gobierno de Costa Rica y al de Nicaragua, amenazados por Walker, y había decidido enviar un buque de la escuadra a recorrer los puertos de Centro América, para estimular, con su presencia, el espíritu de aquellos pueblos".

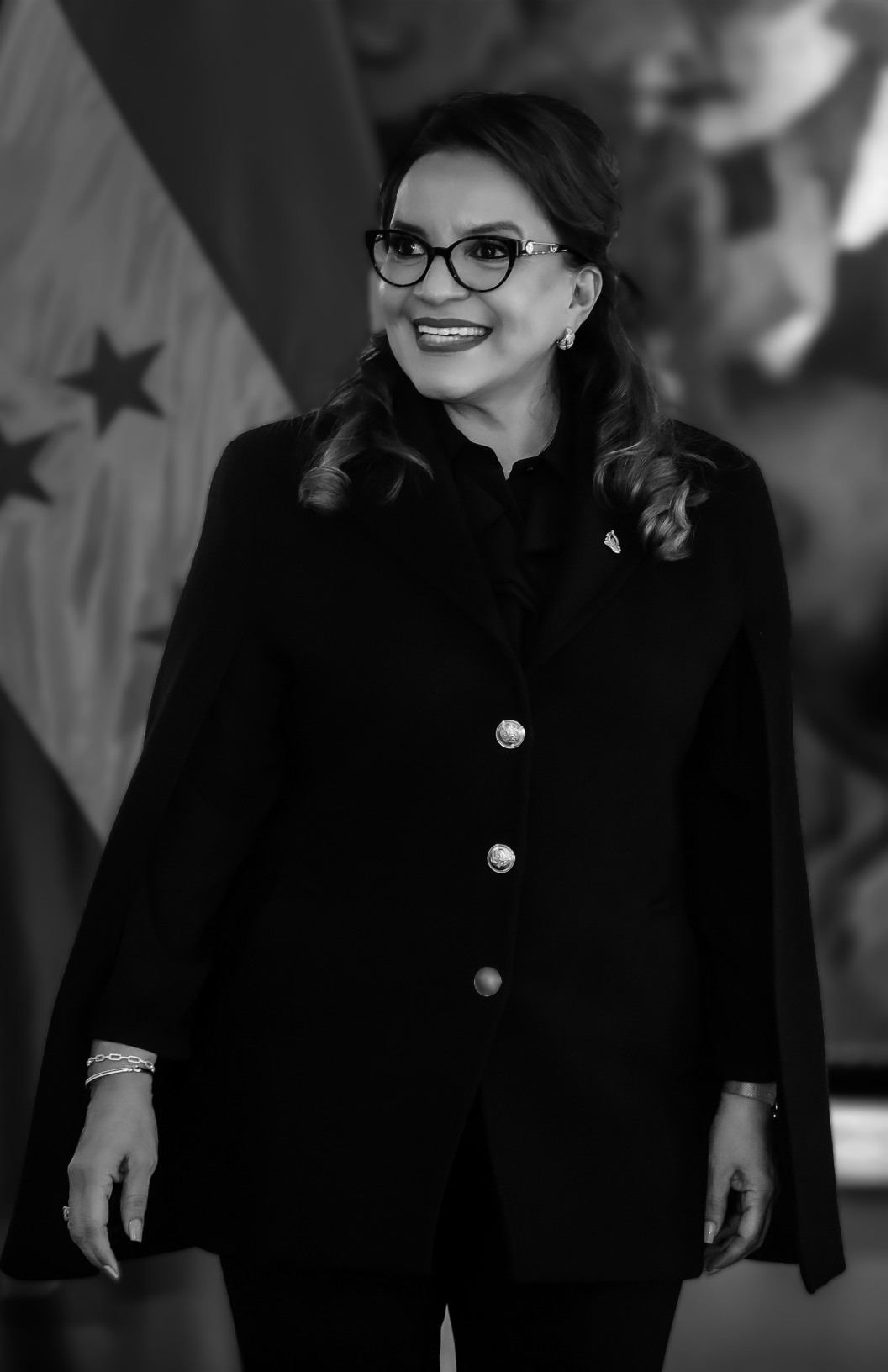
"Gálvez, sigue diciendo Basadre, llegó a Costa Rica en momentos críticos, cuando la campaña contra Walker no tenía el éxito esperado". Nosotros podemos agregar que la llegada de Gálvez sirvió de estímulo y que es seguro que con el préstamo se obtuvieron las armas que se utilizaron en las batallas de Santa Rosa y San Jacinto.

Para entonces, 1856-1857, los Estados centroamericanos habían organizado fuerzas suficientes para batir al invasor; los actos heróicos se multiplican; el soldado costarricense Juan Santamaría, como Ricaurte en San Mateo, vuela el polvorín de la ciudad de rivas y pierde la vida, pero su gesto desmoraliza al filibustero e infunde aliento a nuestras tropas.

Pero no son únicamente centroamericanos los que combaten y derraman su sangre en aquella campaña; en ella participó también un soldado cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, y me parece que es ésta, oportunidad para recordarlo y honrarlo; me refiero al marino peruano don Antonio Valle Riestra; hijo del

Coronel don Alejandro Valle-Riestra y de doña Dominga Albarracin, había nacido en Arica en 1836. El 22 de noviembre de 1857, el mando del bergantín ONCE DE ABRIL, Ilega Valle-Riestra a San Juan del Sur, en Nicaragua, donde encuentra al buque filibustero "GRANADA"; "lo ataca resueltamente, dice el historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia, y al cabo de cuatro horas de lucha encarnizada y heróica, en que Valle-Riestra se cubre de gloria, vuela la santa bárbara del ONCE DE ABRIL, que ya estaba incendiado.

La explosión lanza a su comandante a gran altura, con el uniforme en llamas y cae al mar lastimosamente abrasado. Un bote enemigo lo recoge y damas caritativas de Granada lo atienden solícitamente y logra escapar con vida". Valle-Riestra vivió para ver la victoria de la causa que había defendido y que culminó con el fusilamiento de filibustero, en Honduras, el 12 de Septiembre de 1860. Valle-Restra, años más tarde, emigró a la provincia de Chiriquí, en Panamá, donde, después de la guerra se dedicó al cultivo del café. Sus restos descansan ahora y para siempre, en el Cementerio General de San José de Costa Rica.
Son estas palabras testimonio de que nuestras Repúblicas no han olvidado que un día, el Perú, dejó ir su voz de protesta en Washington, dando instrucciones a su Ministro señor Osma, para que hiciera del conocimiento del Gobierno de los Estados Unidos, su preocupación por el injustificado ataque de que era víctima la América Central, Castilla utilizó en este caso y en favor de nuestra noble causa y de sus principios, dos recursos decisivos; el poder de las armas para contrarrestar la agresión, y la fuerza del Derecho para defender la Justicia.



Educación
Gobierno de la República

Sabio Valle
Editorial

DIHIPA
Dirección de Historia y Patrimonio